

# JEFES, SOLDADOS Y CIVILES. EJÉRCITO Y CRISIS EN LA HISTORIOGRAFÍA ROMANA Leaders, soldiers and civilians. Army and Crisis in the roman historiography

J. MUÑIZ COELLO  
Universidad de Huelva  
orcid-org/0000-0003-2984-6360

Recibido: 01/03/2022  
Revisado: 03/06/2022

Aceptado: 03/06/2022  
Publicado: 03/10/2022

## RESUMEN

La hostilidad y los enfrentamientos entre jefes, soldados y civiles del mismo bando fue una constante en la historia de la Ciudad. Los testimonios literarios dependieron de circunstancias como la mayor o menor distancia del autor a los hechos, la censura del gobierno de cada momento, y aún los pormenores personales de los autores que los vivieron. Livio y el joven Claudio, futuro emperador, fueron casos paradigmáticos, pero no los únicos. Los autores pusieron al lector ante la disyuntiva del buen ejército, con sus soldados y mandos ejemplares, y el mal ejército, con la ruptura de los valores tradicionales que habían hecho grande a Roma. Viejos tópicos que no pudieran soslayar la realidad de una crisis institucional que el Imperio sólo vio acentuarse.

## PALABRAS CLAVE

Livio; guerras civiles; topica; ejército; sediciones.

## ABSTRACT

Opposition and conflict between roman or italic leaders, soldiers and civilians were a recurrent rule in the history of the Urbs. The report of the classic writers was linked to the distance, censure and particular feelings of the authors about the facts. Titus Livius and the young Claudius, later emperor, were standard cases. The classic writers show us the model of a fair and good army, with the paradigmatic soldiers and leaders, and the devious and dishonest army, when the traditional values what made great to Rome, were definitively broken. Old topics which did not hide the reality of the an institutional crisis on increase.

## KEY WORDS

Livius; civil wars; topica; army; seditions.

En Roma, la relación del civil con la milicia, regulada desde tiempos muy antiguos, fue compleja, azarosa, cauta y no pocas veces abiertamente hostil, según podemos leer en las fuentes literarias. Unas consideraciones previas pueden ayudarnos a entenderla mejor. La primera es que el romano, miembro de una comunidad que gobernó el mundo durante más o menos un milenio, fue el resultado de las tres actividades que básicamente, conformaron su carácter, la agraria, la militar y la política. Expresado de otra forma, un romano era ante todo, un campesino, luego un soldado y finalmente, un votante o ciudadano, que ejercía estas funciones en ese orden de prioridades o jerarquía. Esas tres categorías, que naturalmente se sumaban a otras de relevancia menor, constituían distintivos de su idiosincrasia, los caracteres de su modo de ser, y a poco que leamos con cierto rigor los textos, estuvieron presentes de una u otra forma en la raíz de todos sus actos. Campo, milicia y urnas por consiguiente, fueron los elementos de una personalidad, que no necesariamente convivieron en equilibrada armonía, ni tuvieron el mismo peso o rango de importancia según las circunstancias y la época. Esa discrepancia entre elementos, a veces auténtico antagonismo, marcó buen número de los conflictos internos de la Ciudad. Pensemos en la ancestral animosidad entre el medio rural y el urbano, el campesino y el ciudadano con relación al voto, o el recelo entre aquellos y los militares, o desde finales del siglo II a. de C., el claro desafecto entre soldados y civiles, argumento de análisis del presente trabajo.

Para éste creemos necesario analizar con más detalle cuatro aspectos. En primer lugar, la doble naturaleza de nuestra información, según fueron o no coetáneos y espectadores de los hechos, o hicieron sus relatos a varios siglos de distancia de los mismos. Esto marcó una clara diferencia en el tipo de relato que nos dejaron. El segundo aspecto se refiere a la citada idiosincrasia del romano y su conversión en tópico literario al servicio de una historia, que buscaba no tanto la verdad de lo ocurrido, como extraer enseñanzas sobre las conductas que merecían ser imitadas para mejorar el calamitoso estado de las relaciones entre las legiones y la población civil, en crisis desde la última centuria de la República. En tercer lugar analizaremos las conductas individuales y sus aprensiones, escrúpulos y temores, el conjunto de circunstancias que les afectaron para beneplácito de la clase dirigente, a excepción de uno

no precisado como tal pero manifiesto, como fue el miedo al propio ejército, una institución vertebral de aquel modelo de estado. Veremos las causas de ese miedo, como manifestación de una institución en crisis, y lo ilustraremos con ejemplos pertinentes. Finalmente, los datos, las evidencias literarias sobre las causas del descontento de las legiones, la forma en que se abordaron los problemas, la sustitución de los viejos valores y la progresión de la indisciplina generalizada como secuela, hasta consagrar un patrón de relaciones con la sociedad civil que el principado consolidó y a su vez fue detonante de otros problemas. Junto a esto, la reacción de los civiles en una maniobra de pura autodefensa, frente a los desmanes de la tropa. En suma, un conflicto que yendo de menos a más, creemos que justifica el enunciado del presente trabajo.

#### 1. HACER HISTORIA EN EL CAMBIO DE RÉGIMEN

Asumiendo que la guerra es la máxima expresión de la violencia organizada, los autores de final del siglo I a. de C., en muchos casos vivieron y conocieron, a veces de primera mano, como testigos directos, el papel decisivo que ejército y los mandos tuvieron en la violencia que asoló a Roma y en realidad, a toda Italia, durante la última centuria, hasta provocar el cambio del régimen. Ese tiempo de guerra civil marcó a toda una generación de historiadores, tratadistas y poetas, de modo que la ingente y desmesurada violencia afectó a todos en mayor o menor grado, y justificó los comportamientos y la producción literaria de ese tiempo y aún de los posteriores<sup>1</sup>.

Los trece años que van desde la muerte de César a la constitución del Principado fue tratado por historiadores coetáneos y posteriores a esos sucesos. De ellos, unos eligieron silenciar cualquier crítica al nuevo régimen, mientras otros escribieron con extensión y profundidad sobre los acontecimientos de

1 Analistas como L. Calpurnio Pisón, censor en 120, autor de siete libros desde los orígenes a su tiempo, muy citado por Cicerón, Varrón, Livio, Dionisio de Halicarnasos y Plinio el Viejo; Sempronio Asellio, que muere en el 89, con 14 libros de *res gestae*; Q. Claudio Quadrigario, con veintitrés libros de *annales*, desde el saqueo galo a su época; el postsilano Valerio de Antium, con setenta y cinco libros desde los orígenes a su tiempo; L. Cornelio Sisenna, pretor en 78, con unas *historiae* coetáneas en doce libros, hasta la muerte de Sila; C. Licinio Macro, pretor en 68, 16 libros desde los orígenes; L. Elio Tuberón, *historiae* en 14 libros, y P. Rutilio Rufo, muerto en el 78 a.C., autor de una historia de su tiempo, Cic. *de orat.* III.8; Verg. *Aen.* I. 148-154.

ese periodo, amparados por la distancia temporal desde la que lo hicieron, y otros escribieron sólo de cuanto ellos mismos pudieron observar u obtener de sus testigos. Finalmente, hubo algunos coetáneos a estos tiempos y adversidades, que prefirieron eludir el compromiso político dedicando su labor a cubrir el relato de tiempos más lejanos. Resultaba peligroso referir episodios de dureza contra el pueblo, señalando como autores de los mismos a quienes, con una frecuencia que iba en aumento, en vez de cumplir con su obligación de defenderlo, actuaban como sus mayores agresores y enemigos. Sobre todo si los culpables y los allegados o descendientes próximos de las víctimas, aún estaban vivos, o simplemente, lo estuviesen los que hubiesen visto favorecidos o perjudicados sus intereses personales o patrimoniales en aquellos conflictos<sup>2</sup>.

Las cosas no cambiaron con la llegada del Principado. Escribía Tácito que tras Actium, el poder lo tuvo una sola persona y la verdad fue pisoteada de mil formas, tanto por ignorarse lo que fue la República como por el vicio de la adulación y el odio hacia los gobernantes<sup>3</sup> (Muñiz, Livio, 2009,

2 No tenemos relatos de violencia entre soldados y civiles coetáneos a su narrador, como testigo de los mismos. Apiano, Dionisio de Halicarnasos y Dión Casio escribieron a siglos de distancia de los sucesos. Herodiano, narrador de sucesos “que yo mismo presencié”, Herod. I. 2.5, escribió su historia, casi al final de su vida, en torno al 250 y en griego, por lo que no podía temer muchas repercusiones por sus escritos, de un período de sesenta años en los que el poder fue fugaz y cambió de manos a gran velocidad. Los últimos veintidós libros de la obra de Livio, que cubrían los años de la guerra de los triunviros y la mayor parte del reinado de Augusto, entre el 43 a. de C. y el 9 de C., fueron publicados tras la muerte del emperador en el 14 d. C., probablemente para no herir susceptibilidades ni buscarse enemigos, por ejemplo en *la gens Antonia*.

3 Adularon escritores como Albinovano Pedo, Veleyo Patérculo, Silio Itálico y P. Aufidio Baso, cantores entusiastas del gobierno de Tiberio. No se comprometió Dionisio de Halicarnasos, cuyas *Antigüedades Romanas* desde los tiempos míticos concluían en los prolegómenos de la Primera Guerra Púnica, igual que Lucio Arruncio, poco más que un nombre para nosotros. Algo más nos queda de la historia escrita por C. Asinio Polión, cónsul del 40 a. de C., que cubrían los veinte años entre el año 60 y la Batalla de Filipos, 42 a. de C. Profundo republicano, primero seguidor de César y luego de Antonio, firme adversario de Augusto y crítico de Livio, sabemos por un comentario de Horacio que su versión resaltaba los horrores de las discordias civiles y, en sus propias palabras, las despiadadas luchas que tiñeron las armas y regaron los campos latinos. Polión pudo ser la otra versión de los hechos, distinta a la oficial, aunque de ella sólo disponemos unas pocas referencias. Otros que

125-143; Rogers, 1965, 351; Mc Dermott & Orentzel, 1977, 24). Esta adulación suponía rebajarse a un servilismo rastro y generar una falsa apariencia de libertad. Todo lo que aconteció después de aquella fecha, escribía el historiador Dión Casio una centuria después, no pudo narrarse como se había venido haciendo anteriormente. Indicaba éste que en tiempos de Augusto, ya nadie quería dar la impresión de que poseía algún conocimiento o alguna posesión importante, pues en casi todos los casos el poder se convertiría por esta razón en su enemigo más absoluto<sup>4</sup>.

Pese a los años transcurridos desde el final de la guerra de los triunviros, algunas heridas seguían abiertas y en unos y otros persistía la acritud y el resentimiento, acentuado quizás en el bando de los vencidos. La destrucción de los archivos de Antonio por parte de Augusto, pretendía generar confianza en el bando perdedor, si bien es sabido que se reservó buen número de documentos para usarlos cuando conviniera<sup>5</sup>. En el año 10 d.C., cuando el joven Claudio, futuro emperador, escribía sus historias, de la familia Antonia sobrevivían miembros relevantes, como su propia madre, Antonia la

escribieron *annales* o *historiae* coetáneas no gozaron de la autoridad y respeto que inspiró la figura de Polión, y sus escritos fueron pretexto para acusaciones de estar contra el *princeps*, confrontación que llegó en algún caso al límite de la propia vida, como fue el caso de Mamerco Emilio Escuro o de A. Cremucio Cordo. Ov. *Pont.* IV.16.6; Sen. *epist.* 114. 17-19; 122. 15; *suas.* VI.18; 23; Tac. *hist.* I.1; 60; XI.6; Sen. Quint. *Inst.* V.5; 56; VIII.1; 3; X.1.103; Hor. Od. II.1; Además escribieron *historiae* los Mesala, Rufo y Corvino, Fenestela y Nepote, que escribía biografías griegas, salvo las de Amilcar y Anibal.

4 DC LII. 5.1; Tac. *Hist.* I. 1; DC LIII-19-1. Herodiano aclara qué era lo que a comienzos del siglo III quedaba de aquella libre expresión de antaño y de la tolerancia de sus destinatarios. Es septiembre del 215 d.C., y los alejandrinos, con fama de ser propensos a la chanza y la mordacidad, a hacer caricaturas y chistes sobre los poderosos, eligen a Caracala como objetivo de sus burlas. Estando el emperador en la ciudad, le recuerdan el asesinato de su hermano Geta, a su madre Yocasta y lo ridículo de que alguien tan pequeño como él se comparara con Aquiles o Alejandro. Caracalla, de carácter sanguinario y colérico, ideó un plan para vengarse. Con pretexto de honrar a Alejandro, convoca a todos los jóvenes de Alejandría en un gran espacio abierto, donde acudieron en multitud con sus padres y hermanos. Sin que lo advirtieran, los rodeó con el ejército, y a una señal, el ejército procedió a masacrarlos a todos. Tan grande fue la matanza que el delta del Nilo tiñó sus aguas de rojo, Herod. IV. 9.2/8

5 DC LII.42.8.

Menor, hija del triunviro, o Livia, cuyo primer marido, Tib. Claudio Nerón, pretor del 42 a.C., apoyó a Lucio Antonio contra Octavio, ahora emperador. Cuando Claudio pidió a Livio su opinión sobre el ámbito temporal que debía cubrir su estudio, Livio debió insistir en la necesidad de prudencia para en caso de tocar los tiempos recientes, no herir sentimientos de protagonistas que aún estaban vivos. A este consejo se sumaron la abuela Livia y su madre Antonia, por lo que pasó a ocuparse de los tiempos más recientes, de los que escribió un total de cuarenta y un libros<sup>6</sup>.

En la tradición literaria abundan las alabanzas y elogios de los valerosos y sacrificados soldados romanos, objetos de la apología y enaltecimiento de la institución militar, inducida aquella más por escrúpulo que por una sentida admiración y respeto. La crítica de conductas militares inapropiadas era alentada no por la censura o el reproche directo, sino por la comparación de las conductas coetáneas con las de otras épocas, aquellas que dieron a Roma el poder y la grandeza que ahora aquellos disfrutaban, o con la de algunos conocidos líderes enemigos. Pensamos que Livio, nuestra fuente principal para la República, no hizo crítica frontal o directa, sino insinuada, sesgada y dirigida especialmente contra el estamento militar de su tiempo<sup>7</sup>. El patavino criticaba a mandos y soldados, cuando alababa a los del enemigo, induciendo al lector a sacar consecuencias. Así, el ejército de Aníbal era una fuerza unida, disciplinada y leal a sus jefes aun cuando no recibiera sus pagas y suministros. Este ejército era contrapunto del ejército romano del tiempo en que Livio escribía. Los líderes de este ejército carecían de autoridad para ser obedecidos y se pensaba que

6 Suet. *Claud.* 41; Livio, *per.* 117.3-4; 118. 3; 119.6; 130; Vell. II. 75. 1. En Módena, D. Bruto hizo acopio de toda clase de alimentos para resistir un asedio largo por parte de Antonio, *Ap. BC* III. 49; 59; 60. Además de miembros de la *gens* Antonia, en el año 4 d.C., había muerto C. Asinio Polión, viejo republicano de influyente círculo literario y mucho prestigio político, ya antes comentado. Valerio Mesalino, cónsul del 4 d.C., hijo de C. Valerio Mesala Corvino, ambos descendientes de M. Vispsanio Agripa, yerno y amigo de Octavio, o Publio Ventidio entre otros.

7 Livio, *per.* 126. Junto a Livio, durante el Principado hubo otros distinguidos nativos de Padua que mostraron un singular resentimiento hacia el gobierno del principado. Desde un tal Casio de Padua, al que Augusto castigó levemente con el destierro, tras haber declarado en un banquete que nada le impedía acabar con la vida del emperador, a P. Clodio Trasea Peto, cónsul *suffectus* del 56 d.C. y prestigioso senador, *Tac. ann.* XXI.1; XXVIII.1, *passim*; Suet. *Aug.* 51; *Ner.* 37; *Dom.* 10.

sólo se ocupaban de sus aspiraciones personales, a diferencia de los de antaño, que lo daban todo por la patria o de aquellos no menos capaces que guiaban las tropas de los enemigos. Livio dedicaba ocho párrafos a enaltecer y exaltar a Aníbal y sólo uno para criticarle. Creaba un retrato encomiástico de Alejandro, cuyas virtudes describía, y lo ponía a la altura de los grandes generales romanos de ese tiempo. Tampoco la tropa estaba a la altura que debía. El historiador guardaba memoria de las sediciones que tuvieron que soportar desde el viejo Africano<sup>8</sup> hasta el propio César. La indisciplina, las quejas y exigencias de los ejércitos de los triunviros, los excesos derivados de las mismas proscripciones, el expolio y devastación de amplias zonas de Italia por los soldados, incluida su patria, como veremos, y ya en el nuevo régimen, las sublevaciones de los ejércitos de Panonia y Germania, a poco del fallecimiento de Augusto. Unos hechos con relevancia suficiente como para estar presente en el relato referido a esos años (vid. Johner, 1996, 54 ss.)<sup>9</sup>.

Por su prestigio e influjo, Livio parecía a salvo de críticas y celos sobre sus ideas políticas, pese a que en la historia que redactaba elogiaba a Escipión Emiliano, a Pompeyo, a Bruto y a Casio, estos dos llamados tiranícidas, y lo hacía sin tacharlos de bandoleros y parricidas, como interesadamente hacían sus coetáneos para congraciarse con el nuevo régimen. Con relación al clima de temor y censura que dominaba en los círculos literarios próximos al emperador, podemos decir que Livio no fue de los peor tratados por la censura (Luce, 1989, 17; Nicolai, 2007, 24; Roberts, 1936, 12). De talante conservador, no ocultaba su espíritu republicano, y lo hacía sin temor ante Augusto, que le calificaba de “pompeyano”, a modo de advertencia entre la crítica y el sarcasmo. Observación que nunca había que echar en saco roto cuando tu destino dependía del humor cotidiano de quien se alzaba como el gobernante más poderoso del mundo<sup>10</sup>. Por su parte, Li-

8 Motín de Sucro, Citerior, Livio, XXVIII.24.5-16; 26-29. Ya con César, el poeta Cátulo zarandeó al dictador a través de su ensañamiento literario con su *praefectus fabrum* el *equus* Mamurra, Cátulo, 29; 41; 43; 57; 94; 105; 114; 115.

9 Livio, IX.17-19; XXI.4; XXVIII.12; XXX.28.4-5; *Tac. ann.* I. 16-30; 31-52; IV.34.3. Nostalgia de los ejércitos del pasado, Livio, VII. 25.9. Discursos críticos contra Roma por bocas ajenas, en Livio, VII.30.19; 31.4; XXIII.5. 14-15; 6.6; Parece que en el 66 los ambrones y traspadanos se contaban entre los presuntos apoyo de los conspiradores.

10 Aquella *patavinitas* de la que se le acusaba no fue tanto un asunto literario, como de actitud adusta y destem-

vio calificaba de cruel asesino y tirano al triunviro Antonio, al tiempo que subrayaba su escasa valía como estadista. Y ello pese a ser varios e ilustres los miembros de esa familia que gozaban de la protección de Augusto. No podía usar otro calificativo para quien era capaz de rechazar una embajada de tres prestigiosos consulares enviada por el senado para pedirle que abandonara el asedio de Módena, donde se defendía D. Junio Bruto. Para Livio, la mediocridad de Antonio fue manifiesta en el 36, cuando entretenido aún con Cleopatra en Egipto, retrasó su campaña contra los partos, provocando la pérdida de dos legiones de las dieciocho que tenía y otros ocho mil soldados en la precipitada huida que llevó a cabo durante veintiún días<sup>11</sup>.

Los celos de Livio hacia el nuevo régimen tenían su justificación. A finales de la República Padua, su patria, en Cisalpina, pasaba por ser de las ciudades más prósperas de Italia. Se decía que contaba con no menos de quinientos *equites* en el censo, lo que suponía un patrimonio mínimo de 400.000 sestercios. Al comienzo de la guerra de los triunviros, la ciudad negó ayuda a Antonio, mientras que proporcionaba a Octavio hombres, armas

plada hacia quienes tanto infortunio habían provocado en su patria durante la guerra de los triunviros. Posiciones críticas hacia el *princeps*, tuvieron Timágenes de Alejandría, protegido primero de éste y luego “defenestrado” para refugiarse junto a Polión, otro recalitrante; los citados A. Cremucio Cordo, acusado bajo Tiberio de haber alabado en sus *anales* a Marco Bruto y Cayo Casio, al que llamaba «el último de los romanos», Tac. *ann.* IV.34-35; DC LVII.24.2-4; Sen. *dial.* VI.1.3; VI. 19; 23, Mamercio Escauro, bisnieto del cónsul del 115 a. de C., el orador y jurista de Séneca el Viejo, que tuvo que suicidarse porque en su tragedia Atreo, parecía establecer un paralelismo entre el protagonista de la obra y el emperador Tiberio, y además el ya citado *supra* P. Clodio Trasea Peto, autor de una biografía de M. Porcio Catón el de Utica, por sus simpatías hacia Bruto y Casio, considerado por Nerón como claro simpatizante de la causa republicana, y que fue inducido al suicidio en el 66, o el joven Casio Silano, por guardar una *imago* de Cayo Casio. Quedaban todavía entonces restos de la libertad moribunda, escribe Tácito, crítico implacable de los excesos y defectos de los príncipes, Tac. *ann.* I. 74.5; IV. 20.3; VI.29.4-7; 39; XVI. 7, año 65 d.C.; DC LVIII. 24.3-4; Juv. V. 36, T. J. Cornell, *FRH*, I, 536.

11 Ap. *BC* III.62; Livio, *per.* 126; DC XLVIII. 14.3-5; 15.1, año 40. Los textos demuestran que la objetividad y verosimilitud de los sucesos narrado aumentó en la misma medida que la distancia temporal entre el autor y los sucesos tratados, al difuminarse el riesgo personal a sufrir consecuencias por lo escrito. Algo que tuvo presente el joven Claudio y posteriormente, Apiano de Alejandría.

y dinero<sup>12</sup>. Pero en el 41 era el triunviro Antonio quien gobernaba esa provincia a través de su legado C. Asinio Polión, que estaba allí con siete legiones. Polión además debía crear un catastro de tierras para repartirlas entre los veteranos de Filipos, para lo que es posible que formara una comisión *agris dividundis* junto a C. Cornelio Galo y P. Alfenio Varo, que sabemos que confiscó tierras en la región de Mantua, en la Cispadana. De Andes, junto a Mantua era el poeta Virgilio, cuya villa en efecto fue confiscada, aunque luego recuperada gracias al mismo Polión. Sabemos que este legado obligó con dureza a los de Padua a aportar dinero y armas a la causa de Antonio, por su negativa anterior, y que en el 41 Livio era un joven entre los diecisiete y veintidós años, que tuvo que ser espectador forzoso de estos sucesos, cuyo recuerdo de violencia y extorsión sin duda dejó huella en la visión que el historiador diera de aquellos acontecimientos, y en esa línea estaría el consejo al futuro emperador Claudio, antes citado. De modo que el patavino tenía motivos suficientes para esperar la muerte de Augusto antes de publicar los siete libros, que trataban de hechos en los que miembros de la familia materna de Claudio habían sido protagonistas (Broughton, 1968, 377; Muñoz, 2009, 128; Luce, 1989, 25)<sup>13</sup>.

En suma, fue la de Livio una animosidad contenida y deslizada, que limó u omitió datos que pudieran herir susceptibilidades en el poder. Su versión de la actuación de Octavio en Perusia despeja cualquier duda. Allí se defendía Lucio Antonio, hermano del triunviro, del asedio de Octavio. Tras rendir éste a la ciudad por hambre, la arrasó, aunque perdonó la vida a todos sus defensores, poniendo así fin a la guerra sin el menor derramamiento de sangre, algo que niega completamente Diógenes Casio, dos siglos después, que habla del exterminio de casi todos sus habitantes, senadores y caballeros incluidos. Atenuaba así Livio el retrato de un Octavio

12 Cic. *phil.* XII. 4.10.

13 Livio nació en el 64 o 59 a.C. Donatus, *vit. Verg.* Brummer, p.16; Serv. *on Ecl.* II.1; VI. 64; IX.10; Ap. *BC* IV.3; es posible que su misión fuera no tanto distribuir las tierras como pedir dinero a las ciudades cuyos campos no habían sido confiscados, Junto al citado P. Clodio Trasea, que condenado por Nerón, acabó suicidándose a la vieja usanza, era de Padua el comentarista Asconio, Tac. *ann.* XIII.49; XIV.12; 48-49; XVI, 21-35; Mela, II.60; Str. V. 1.7; 1.11; 12. Plin, *nat.* II.103; Macrobian. I.2.2; Cic. *phil.* XII.10. La guerra de Mutina, Plut. *Pomp.* 16; Ap. *BC* III. 49 ss.; el ejército de Polión, Vell. II. 72; 76. 2; Macr. I.11.22.

desalmado, para asimilarlo al ahora clemente Augusto del nuevo régimen. A causa de la cruel conducta de Lucio Antonio, todas las ciudades de Italia se pasaron, por la fuerza o libremente, a Octavio. A partir de ahí, en esas narraciones se incorporaban episodios y lances en los que se describían los actos de heroísmo y sacrificio que protagonizaron antiguos generales o sus soldados, como espejo en el que debían mirarse sus camaradas del presente.

Pero junto a esta tradición didáctica y moralizante, encontramos autores con un relato más real y descarnado, que no ocultaron los excesos de quienes tenían encomendada la defensa de la República. La distancia temporal de los hechos dio más objetividad a las narraciones y la libertad necesaria para no escribir bajo el temor de la censura. En esas circunstancias estuvieron Dión Casio, Plutarco y sobre todo, Apiano. El caso de Herodiano, que describe sin limar asperezas los abusos militares de su tiempo, quizás se entienda por la debilidad del poder imperial, amenazado de su propia supervivencia, y porque este griego no abandonó su lugar de procedencia, alguna ciudad helenística, ni tuvo oficio público relevante que le obligara a mostrar cautela. A ello dedicamos las líneas que siguen (Quinn, 1982, 158; Ker, 2004, 212)<sup>14</sup>.

Apiano es probablemente la mejor fuente para el estudio de estos hechos. Este griego alejandrino del siglo II d.C. no fue espectador de lo que describe en sus escritos, pero contaba con la libertad que suponía referir hechos acaecidos hasta tres siglos antes, sin la presión en consecuencia de posibles afectados. En su obra *Sobre Africa*, al tratar la Tercera Guerra Púnica dedica varios párrafos a manifestar el sentimiento de pánico y abatimiento de los ciudadanos de Cartago ante la inminente guerra no buscada que se les venía encima. Arrastrado por el sector más belicista de la cámara, aquellos senadores para los que Cartago seguía siendo el recuerdo de pérdida de vidas y haciendas y del orgullo herido, entre los que M. Catón con su *delenda est Carthago* parecía la voz más notoria, el senado romano emitió un severo *ultimátum*, injusto, intransigente y agresivo, que sólo buscaba la destrucción de aquella ciudad. La crítica, indirecta como en Livio, derivaba de la exposición de tal escenario en toda su crudeza, magro de justicia y dignidad, y la reacción de repulsa

14 Herod. I.2.5. Pudo incluso ser liberto y ejerce algún destino como *apparitor*. Con el discurso censurado la libre expresión adoptó como vehículo de expresión la *recitatio*, con C. Asinio Polión como uno de sus promotores.

que pudiera desencadenar en quienes ahora conocieran estos hechos acaecidos tres siglos antes<sup>15</sup>.

## 2. LA GESTIÓN DE LOS TEMORES

El romano, como el itálico, reaccionaba ante amenazas y peligros que consideraba inminentes e inevitables de forma similar, salvando las peculiaridades culturales, a la que se esperaba de cualquiera de nuestros contemporáneos, en situaciones semejantes. La seguridad de la familia, la amenaza de pobreza, caer en la esclavitud o ser víctima de los esclavos o acudir ante el pretor o los jueces, provocaban agitación y zozobra en los afectados<sup>16</sup>. Plinio El Viejo lo resumía bien cuando aseguraba que en realidad, la vida no era sino un conjunto de temores y preocupaciones que acompañaban al individuo en todo su recorrido. Los miedos, como expresión del modo de ser de cada uno ante determinadas circunstancias, tuvieron un peso específico en la sociedad romana, y alguno de ellos mereció la atención de los tratadistas por el papel esencial desempeñado en el mantenimiento y continuidad del modelo de gobierno de aquel estado<sup>17</sup>.

Hubo un sentimiento de temor, *scrupulus*, hacia la *religio*, vaga emoción que incluía respeto, duda y miedo ante lo sobrenatural y desconocido, que se resumía en un temor general a los dioses. Era un sentimiento extendido en una ciudadanía crédula y pusilánime, mayoritariamente iletrada e impulsiva, y muy receptiva a mensajes que daban explicaciones tan simples como irracionales de eventos de clara etiología natural y consecuente. La periódica alusión y manipulación de este temor a lo desconocido y sobrenatural desde el poder, la oligarquía lo convertía en un efectivo instrumento de control y acatamiento, a añadir a otras fórmulas de influencia de un régimen que, en esencia duró un milenio.

En los tiempos de la República, los textos recogen con frecuencia alusiones al miedo a la religión, el temor, el escrúpulo religioso o *summa religio*-

15 Ap. *Afr.* 69; Catón era un joven soldado cuando los romanos tuvieron treinta y cinco mil bajas en Trasimeno entre muertos y prisioneros, Plut. *Ca. Ma.* 1; 26; Livio, XXII. 7.5; Pol. III. 85.1.

16 Miedo al hambre, Ap. *BC* I. 69; IV. 73; 125; 128; Livio, IV. 25.4; la epidemia, Ap. *Ilir.* 4; a los juicios, DH VII.41.5; Ap. *BC* III.23; Plin. *ep.* I. 18. 1; a las leyes y los tribunales, Cic. *Verr.* II. 4. 75.

17 Plin. *nat.* VII. 167: Se tiene miedo al esclavo, pero no menos que a caer en la esclavitud, DH I.72.4

*ne*, derivado de los presagios, señales y prodigios, los portentos divinos, obviamente negativos, que incluía a los dioses, a su ira y a los castigos que para los humanos podían derivarse de la misma. El mensaje era que toda acción humana tenía sus consecuencias, lo que bien administrado desde el poder resultaba muy conveniente. No era éste un tema nuevo, pues ya Platón en su diálogo sobre las leyes aseguraba que los dioses eran creaciones de los hombres, el producto en fin de un acuerdo de carácter humano. Más tarde, Polibio tenía la religión como firme pilar del estado romano, con una clara función, contener a las masas, siempre inquietas, llenas de pasiones indignas y de un furor irracional y violento, con el miedo a lo desconocido y ficciones de este tipo. No fue por tanto azar que desde antiguo se inculcaran las imaginaciones de dioses y las narraciones de las cosas del Hades, y resultaba una imprudencia irracional pretender suprimir estos elementos, como ahora querían algunos, reflexionaba el griego<sup>18</sup>. Para Cicerón fueron gente sabia e instruida quienes, en beneficio del estado, urdieron toda nuestra creencia en los dioses inmortales, para obligar a cumplir con sus obligaciones a los ciudadanos reluctantes, con la amenaza de la religión. Dioses a los que se dio apariencia humana para que los ignorantes pudieran ser manipulados con más facilidad. Tal temor debía ser mantenido para evitar el desorden y la confusión que su eliminación generaría. Una religión que se había inventado, sabiamente, con arreglo a la credulidad de los ignorantes<sup>19</sup>.

Hubo otro miedo más extendido y no menos intenso, el miedo al enfrentamiento, a las armas, a la violencia en general y a sus secuelas, los asedios, la epidemia y el hambre derivada de ésta, la muerte y la devastación, consecuencias naturales de esa violencia extrema que era la guerra. La leva suponía para el ciudadano cambiar el arado por las ar-

18 DH I. 38.2; II.35.3; VII.70.4; IX.40.1; X.2.2. Cic. *fin.* IV.11; Livio, V. 46.3; VII. 3.1; 28. 7; XXIX.18.7; Livio, XXVII. 37. 5; XXVI.11.9; Ap. *BC* I. 62; 83; *samn.* 4; *Hor. sat.* III. 296; Plat. *Leyes* 889e-890c; Pol. VI. 56. 6-12. La tradición asignaba a Numa, el sucesor de Rómulo, el haber infundido al pueblo el temor a los dioses, elemento de la mayor eficacia para una masa ignorante y en bruto, Livio, I. 19.4.

19 Cic. *div.* I. 105; en tiempos de temor, el pueblo tiende a creer en milagros y prodigios, Cic. *div.* II.58; *nat.* I.3; 77; 118. Siempre hay quienes sacan provecho de las mentes dominadas por los temores religiosos, Livio, IV. 30. 9.

mas<sup>20</sup>, y era preludio del temor inespecífico hacia el enemigo, *metus hostilis*, que se iba concretando hacia el galo o al germano, y sobre todo al cartaginés, *metus punici*, o al mismo Aníbal, al que había que sumar miedo real - aunque no objetivado - a los propios soldados, a la sedición, el motín, a los disturbios, a las armas y a los efectos del paso de la milicia, cuando se sabía que habían salido de los campamentos. Cicerón, en la desgracia que había supuesto la muerte del gran orador L. Licinio Craso, en el 91, deducía un aspecto amable de la misma al enumerar las penalidades que el difunto se había evitado soportar, como la violencia de los años posteriores trajeron a Roma y que aquel gran orador no tuvo que contemplar, como vivir a Italia consumida en llamas, la Ciudad tomada tres veces, el senado aniquilado por el odio, los magistrados convertidos en reos, las matanzas causadas por Mario y Sila y en fin, una Roma degradada en todos sus aspectos, en una Italia devastada por los saqueos y la violencia generalizada. Escribía Virgilio que cuando estallaba una sedición y se alteraba el ánimo del grosero vulgo, volaban las teas y las piedras, y el furor improvisaba las armas. Y si por ventura sobreviniera un varón grave por su virtud y sus méritos, todos callaban y le escuchaban atentos, y con sus palabras recomponía las voluntades y amansaba las iras, tal como se apacigua el estruendo de las olas. Parecía lógica la complacencia del *princeps* Octavio con el poeta<sup>21</sup>.

Como ya tratamos en otro lugar, la tradición habla de una Roma violenta desde el mismo Rómulo, que se legitimaba como sostén de las instituciones. Los símbolos de la autoridad y el poder amedrentaban al pueblo y sostenían su temor, un miedo inducido que alejaba a los hombres de hacer el mal<sup>22</sup>. El temor al enemigo mantenía a la ciudad dentro de las costumbres correctas y alejaba al ciudadano de la vida ociosa y relajada, que eran generadores de demandas, indisciplina y finalmente, la revuelta, trayendo la ruina a la ciudad. En suma, algunos miedos eran necesarios en cuanto que mantenían a la República, y ni siquiera alguien tan ajeno a los

20 "Para resolver sus problemas, los romanos siempre recurren a la violencia, subrayaba el aqueo Polibio, I. 37.7.

21 Cic. *de orat.* III. 8; Verg. *Aen.* I. 148-156.

22 El trono elevado desde el que el juez juzga, el amenazante aspecto de los soldados que lo acompañaban en número de trescientos, las varas y hachas de los doce hombres que azotaban en el Foro a los autores de delitos y cortaban las cabezas de los acusados de crímenes más graves. DH II.29.1.

campamentos y la milicia, como Cicerón, excluía la realidad de convivir con el necesario arte de la guerra, *ex re militari* (Urso, 2006. Muñiz, (2020))<sup>23</sup>.

Hubo otro miedo, no singularizado como tal, que no fue provocado por un enemigo extranjero, galo, púnico o germano, sino por la amenaza del propio ejército, de los ciudadanos armados que llegaban a acabar con las vidas de otros ciudadanos. La guerra entre itálicos y romanos comenzó ya en el 90, siguió la guerra civil con la entrada de Sila en Roma en el 88 y en el 82. De nuevo en el 46 Marco Antonio, *magister equitum*, entró en Roma con sus soldados y masacró a ochocientos ciudadanos que pedían cancelación de deudas. Antes de esos años, la Ciudad había sufrido el asalto y saqueo de los galos en 390/387, y es leyenda o ficción el modo en que siglos antes sus monarcas etruscos accedieron al poder, legítimo o legitimado por la tradición. Las fuentes además nos transmiten la existencia de un miedo específico al propio ejército, una especie de *metus militum*, un temor constatado y explícito en un vocablo diferenciado o exclusivo. Escribía Plutarco que lo peor que podía ocurrirle a un estado era verse gobernado por un ejército dominado por impulsos irracionales y arbitrarios. Este temor a las propias armas se manifestó en las actitudes, comentarios, reacciones y conductas descritas que mostraron quienes como civiles sufrieron contactos adversos con los cuerpos militares. No podía esperarse una crítica directa en los autores contra la institución que sostenía el modelo instaurado Octavio<sup>24</sup>.

Para los itálicos es posible que las raíces del temor a las legiones haya que buscarlas en tiempos muy anteriores al conflicto social que estalló en el año 90 a. de C. Desde fines del siglo III a. de C., los itálicos fueron *socii* clave en la expansión militar de Roma por el Mediterráneo, marchando con las legiones en contingentes incluso más numerosos que éstas. Pero tras las victorias, la recompensa a estos

23 Sal. *Iug.* 41.3; *BHisp* 22, 7; 25, 9; Caes *BG* IV 19; *cedant arma togae*, Cic. *off.* I. 77; *Pis.* XXIX; XXX; *de cons. fr.* 6; *Verr.* II.5.133; Q. Fufio Caleno, cónsul del 47, acusaba a Cicerón de carecer de méritos militares, DC XLVI. 9.1. Año 208, la expedición de Septimio Severo contra Britania, el historiador la justificaba sólo para combatir el relajamiento que veía entre los soldados, DC LXXVI/LXXVII. 11. 1. Medidas contra estas conductas contrarias al espíritu militar, se dieron con el Africano el Joven ante Numancia y Q. Metelo en Numidia, V. Max. II. 7.

24 Plut. *Galba*, 1; Livio, *per.* 113.5; Ap. *BC* I. 58; 89; Livio V.47; 48.8-9; DH XIII7-12; Just. VI.6.5XII.3-4; Plin. *nat.* III.57; Tac. *ann.* XI.23; Silio, *pun.* I. 525 ss.

años de sacrificio no respondió a las expectativas, como se deduce de las reivindicaciones que plantearon una y otra vez en Roma, sin otra respuesta que la inclusión interesada de esta demanda en el debate político entre *optimates* y *populares* desde el último tercio del siglo II a. de C. Más allá del manifiesto descontento, para los itálicos la legión no era ajena a su pasado reciente, y un eventual choque entre itálicos y romanos suponía un acto fratricida, de guerra civil, como ocurrió en el estallido de la llamada Guerra Social del 90 a. de C., luego en la guerra de Sila del 83/82 y finalmente en la de los segundos triunviros. En la Cisalpina por ejemplo, campo de acción de éstos últimos, no se luchó contra un germano, un galo o un cimbrío, sino contra aquellos bajo cuyas enseñas y distintivos militares habían combatido antes contra un enemigo común. Sus antiguos conmitones eran ahora los nuevos enemigos, y era irrelevante que se les asediara, saqueara o devastara en nombre de Antonio u Octavio. Para llegar a esta situación algo esencial se quebró en el convenio que la sociedad civil había venido manteniendo con su estamento militar, según la tradición, desde los tiempos más antiguos<sup>25</sup>.

### 3. TÓPICOS VALIOSOS: NATURALIDAD, RIGOR Y AUSTERIDAD

Nuestros gloriosos antepasados, escribían los autores, eran sobrios en sus gastos personales y vivían con suma sencillez, pero cuando se trataba del imperio y de la grandeza del estado, velaban por su magnificencia y esplendor. Esos hombres honorables y encumbrados, sabían alternar los esfuerzos y sacrificios que suponían dirigir los destinos de la República, con los de mantener su casa y su familia con el cultivo de sus parcelas en el campo, de extensión moderada pero suficiente (Conway, 1900)<sup>26</sup>.

Simplicidad, sencillez y austeridad aplicadas a los viejos romanos son lugares comunes que conectan directamente con el elogio de esas mismas virtudes que se consideraban innatas en los pueblos primitivos. Se trata del elogio del buen salvaje, del

25 Módena, defendida por Décimo Junio Bruto y asediada por Antonio, y luego por los cónsules Hircio y Pansa, Ap. *BC* III 49; 65; 70-72.

26 Cic. *Flacc.* 28; *Rosc. Amer.* 51; DC XLI. 33. 4. La cabaña o *tugurium* donde vivió el joven Rómulo estaba no lejos del Circo Máximo, en el Lupercal; la familia de Elio Tuberón, que vivía en un modesto *tugurium*, de aquel otro que rechazó la plata de los samnitas, la casa y costumbres del segundo Africano, etc....



hombre primitivo, corriente de pensamiento bien conocida entre los griegos helenísticos – desde Agatárquides de Cnido, siglo III a. de C. –, de la que acaso su valedor más conocido en Roma fuese Posidonio de Apamea, de tiempos de Mario y Sila. Este polímata alababa la vida simple y austera de los antiguos, como una crítica velada a la corrupción de los de su tiempo. La crítica surgía por admiración de galos e hispanos como evocación de una primitiva Edad de Oro, a la que Roma debía volver para su necesaria regeneración. Era la admiración de lo originario y sencillo, en contraste con el fastuoso y refinado modo de vida de algunos griegos y pueblos bárbaros. De los pueblos salvajes se resaltaba el éxito de su concordia, su frugalidad extrema y la autosuficiencia derivada de ella, lo que coincidía con la mala opinión que los viejos republicanos tenían sobre actividades no primarias como el comercio y la industria artesanal, como modos de vida. Aquellos pueblos salvajes al ser pobres no suponían atractivo alguno para ser conquistados por otros pueblos más poderosos. Por su parte, el aumento de la riqueza y el imperialismo provocaban en éstos últimos un deterioro de la convivencia cívica al surgir mayores desigualdades, que acababan corrompiendo las costumbres. Este tipo de relato podía ir referido a pueblos reales o imaginados, siendo a veces difícil diferenciar cuando se trataba de uno y otro caso. Sacrificio, desinterés por el lujo – muy en consonancia con las ideas estoicas – y parquedad en el modo de vida de los ciudadanos, pero en especial de sus magistrados y generales, eran las pautas que había llevado a Roma al dominio del mundo, y la adopción de los contrarios, a la paulatina descomposición del sistema.

Austeridad, sencillez y franqueza, consustanciales al modo de ser de muchos itálicos, conectaban con otra de las características de su idiosincrasia, el trato franco y directo con el poder, sin ambages, cuyo exponente acaso más distintivo pudo ser el libre discurso, que ha sido bien estudiado en la bibliografía y nosotros mismos tocamos en otro lugar. Suponía una forma de relación con las instituciones que podía interpretarse como un cierto menosprecio de valores tan establecidos, por ejemplo, como el del juramento militar, sin el cual no hubiera sido posible la conquista del imperio. Sobriedad y sencillez, trato franco y directo, fueron caracteres paradigmáticos adjudicados a los grandes personajes de la Ciudad, y a nuestro juicio, como

iremos viendo, tienen que ver con la deriva que afectó a las conductas de los militares en su relación con los civiles (*vid.* Muñoz Coello, 2014, 80-105, en donde recogemos la bibliografía sobre el tema; sobre el *sacramentum* militar, Cuq, 1877-1919, 951-955; Tondo, 1963, 1; Hinard, 1993, 252-263; Slyke, 2005, 167-206)<sup>27</sup>.

Sila, César, Antonio el triunviro, o tan distante en el tiempo como Caracala, símbolos de autocracia, eran conocidos por su trato franco, directo y campechano con el pueblo y la tropa, cuya comida compartían, así como el alojamiento, penurias y necesidades, lo que estrechaba los lazos de disciplina y fidelidad entre el mando personal y tropa<sup>28</sup>. Alternaban la disciplina más rigurosa con el trato condescendiente y la liberalidad absoluta. Su lenguaje era duro y soez, con las bravatas propias del ámbito castrense. Se sentaban con ellos en sus comidas y despertaban admiración con sus aventuras amorosas, evocando la imagen de los viejos republicanos ((Jal, 1962, 8)<sup>29</sup>.

“No ha habido estado más rico en buenos ejemplos y donde se haya rendido culto tan grande y duradero a la sobriedad y la pobreza”, escribía Livio – *praef.* 11 -. Para Plutarco, los grandes estrategas del pasado eran de ánimo noble y conducta moderada, austeros en los gastos y estrictos pero justos con sus soldados, a su vez sobrios y sacrificados, actuando todos siempre en el marco de las leyes. Por el contrario, los generales del final de la República eran el

27 El caso de Mario, o el mismo Sila, Plut. *Mar.* 35; 37; 38; *Sila*, 1; V. Max. II.10.6; Pol. V. 27. 6.

28 Sal. *Yug.* 95; Suet. *Iul.* 65; 67; 68; 72. De entre las virtudes que se subrayaban en Aníbal, se destacaba su trato abierto y directo con los soldados, junto a los que muchas veces compartía el suelo como lecho, tapado sólo con el capote militar, o yendo en medio de los puestos de guardia o de vigilancia militar, Livio, XXI.4.7.

29 Suet. *Iul.* 65; 67; 69; Plut. *Caes.* 16; 17; *Ant.* 4.5; cf. 17.5. El biógrafo de Adriano le hacía compartir las mismas condiciones de vida del soldado en los campamentos de Germania, como ya hicieron Escipión Emiliano, Metelo y Trajano, SHA *vit. Hadr.*, 10; Herod. IV. 7. 3/6. Aún en funerales de hombres insignes, había ocasión para la pantomima, la burla y el escarnio hacia el muerto, que era objeto de crítica y mofa, y en las paradas militares se lanzaban versos y cánticos vejatorios, de gran crudeza ofensiva hacia los generales, sin que éste se sintiese injuriado, DH VII.72.10-12; Livio, VII.38.3; Suet. *Iul.* 49. En los de Augusto los soldados estaban como en pie de guerra, soltando grandes carcajadas al comentar que iba a enterrarse un príncipe anciano, que pese a haber asegurado las fortunas de sus herederos a costa de la República, necesitaba protección militar para tener un sepelio tranquilo, Tac. *Ann.* I.8.6; 23.3.

reverso de la moneda. Destacaban más por la fuerza y la violencia que por otros rasgos, utilizaban a sus soldados para luchar contra otros ciudadanos y no contra enemigo exteriores, compraban su obediencia y apoyo con regalos y hacían con ello venal a la patria entera, convirtiéndose ellos mismos en esclavos de los más ruines, sin que mandaran los mejores. Esto fue lo que arrojó de la ciudad a Mario y lo que después le trajo contra Sila, y esto fue lo que, respectivamente, hizo que Cina matara a Cn. Octavio, y C. Fimbria a L. Flaco, escribía Plutarco<sup>30</sup>.

Señalaba Polibio que la vida de los reyes primitivos era muy parecida a la de sus súbditos, pues comían, bebían y vestían como ellos; sólo se distinguían por su capacidad para defenderlos del enemigo, lo que conseguían amurallando y fortificando los lugares. Para Plutarco la naturalidad y sencillez de las grandes figuras, debía ser prolongación de su conducta en los campamentos, de donde la mayoría procedían, y se atribuía a los tiempos en que la gloria venía de las armas. Era la sencillez del campano Decio Magio, el primer hombre de Capua, que paseaba tranquilamente por el foro de su ciudad en compañía de su hijo y algunos clientes, sin mayor protocolo, mientras la ciudad esperaba a Anibal. El cónsul del 138 P. Escipión Nasica, que tras cerrar los tribunales y de camino a casa, conversaba con el popular pregonero Quinto Granio mientras cruzaba el foro sin escolta alguna. Un senador con cierto prestigio como Cicerón paseaba por el foro con sus allegados y conversaba, intercambiaba anécdotas o simplemente chismorreaba con los conocidos que se encontraba<sup>31</sup>.

La tradición elaboró un elogioso discurso sobre el papel primordial del ejército como artífice en la supremacía del modelo de estado y la formación del Imperio. El ejército era símbolo de la fuerza y la soberanía, por lo que no era excepcional que en el difícil equilibrio de poderes, por ejemplo, entre emperadores y senado, los primeros esgrimieran el apoyo del ejército a su persona como único argumento. Tiberio amedrentaba a los senadores exhibiendo su guardia pretoriana, su sucesor Gayo en el año 40 mandó a los soldados contra el pueblo en el circo, y tras su asesinato la guardia germana protestó y se rebeló, de modo que hubo algunas muertes entre los civiles. Aún con Caracalla, cuando el se-

30 Plut. *Sull.* XII. 6-9. El mando militar dependía más de los regalos que de la ley, Sal. *Yug.* 86.3; Ap. *BC* V. 17.

31 Pol. VI. 7. 5-7; Livio, XXIII.7.10; Cic. *Plan.* 32; *QF* I. 18.1; Plut. *mor.* 199F.

nado se mostraba reticente a asumir sus peticiones, éste le recordaba que era él quien tenía las armas y los soldados<sup>32</sup>.

Un buen ejército era aquel que se conducía según los hábitos arraigados en la costumbre, como los que recogía Polibio en su *historia universal*. En una situación límite como la guerra un ejército no podía actuar a su albedrío, no todo valía, pues la costumbre había establecido unos límites morales entre lo lícito y lo equivocado. Estas normas eran frecuentemente despreciadas y sus autores quedaban impunes, más allá del reproche retórico de las voces que lo denunciaban. Así, era derecho del vencedor conquistar, derribar fortines, devastar puertos y ciudades, acabar con sus defensores, destruir la flota, las viviendas, cosechas y cosas similares. Como hizo el macedonio Filipo en su guerra contra los etolios. Pero incendiar templos, santuarios y sus exvotos o destruir las estatuas de los reyes, en nada ayudaban a derrotar al enemigo y parecía que iba contra los propios dioses, como antes de Filipo en Termo hicieron los etolios en Dión, Dódona y el Epiro. Hacer esto último suponía para Polibio una saña gratuita, propia de tiranos o de gente como los etolios, pueblo sin leyes ni costumbres que actuaba desde la furia y la osadía, mientras que los hombres honestos, aseguraba el megalopolitano, no hacían la guerra para aniquilar y destruir a los que le han perjudicado, sino para corregir y reformar a los culpables. Esto último era lo que hacía un buen ejército (Rutledge, 2007, 179)<sup>33</sup>.

La descripción de un ejército como los de antaño, para Tácito suponía un sentimiento antagónico, de satisfacción y tristeza, al evocar los viejos ideales de la institución en un panorama de indisciplina, pérdida de valores y crueldad sin límite, como era el que se venía dando desde el cambio de régimen y de siglo. Si antes los soldados competían en coraje y virtudes, ahora lo hacían en insolencia y arrogancia a partes iguales, y a esta clase de ejército que devastaba y desobedecía contraponía un Dión Casio nostálgico, a caballo entre el siglo II y III d. C., el ejército disciplinado y sumiso, que obedecía a

32 Suet. *Tib.* 24; 37; 60/62; *Cal.* 58.3; DC LIX. 28. 11; LVII.24. 5; LXIV.10.4; LXXIV. 12. 1; LXXVIII. 20. 2; LXXIX. 17. 4; DC XXVII. 91.4; LVII.24.5; LXXVIII.20.2; LIX. 30, Ib; Josef. *AJ* XIX. 123/126. Domiciano ejecutó a muchos senadores, de modo que su asesinato fue recibido con enorme alegría en la curia, Suet. *Dom.* X.2; XXIII.1.

33 Pol. IV.62.2; 67.3-4; V. 8. 4-5; 11.3-6; 8.8-9; 9. 2-3; 10. 8; XVIII.55.2.

sus mandos y que por ello como premio recibía tierra, riqueza y gloria (Blois, 2007, 164-180; Phang, 2008; Chrissanthos, 2013, 312-329; James, 2019)<sup>34</sup>.

La tradición sobre los esforzados soldados y generales, entregados a la insigne tarea de defender los intereses de la República allá donde los hubiera, era tópico obligado para quienes fueron espectadores obligados de estos sucesos. Esta tradición se alimentaba de la analítica, sin duda conectada con la épica y el modelo poético narrativo que Roma tuvo desde finales del siglo III a. de C.<sup>35</sup> Este relato alimentaba con esos patrones morales el vacío existente en su tiempo, proporcionaba unas pautas éticas que corrigieran la deriva moral en la que naufragaban las instituciones, como bien advertía Livio, desde la óptica de una historia didáctica y moralizante<sup>36</sup>.

La tradición remontaba esta herencia al mismo Rómulo, siendo elemento importante en la definición de los *mores*, noción conectada con caracteres de la conducta ya vistos como la austeridad, frugalidad, severidad y connotaciones similares de los *maiores*<sup>37</sup>. Además, la tradición asumía que los elegidos para ejercer el poder supremo eran hombres

34 “El comandante delante, ataviado con la toga pre-texta y con su comitiva bien ordenada. Al frente, las águilas y los estandartes de las legiones, después las banderas de la caballería, y tras la infantería el resto de los jinetes. Luego, las cohortes, ordenadas por nacionalidades y armas. Delante de las águilas iban prefectos, tribunos y centuriones primeros, todos de blanco, y los demás, según a la centuria que perteneciese cada uno, refulgentes con sus armas y las distinciones conquistadas. Igualmente resplandecían los soldados con sus collares e insignias, componiendo un ejército de hermosa presencia del que, ciertamente, no era digno un príncipe como Vitelio”, Tac. *hist.* II. 89; DC XLI.28.2.

35 Hablamos de la probable huella dejada por L. Accio, Cn. Nevio, Q. Enio y Q. Fabio Pictor en la tradición analítica posterior, imposible de precisar por el carácter fragmentario de lo que nos ha llegado de todos ellos.

36 “Entre nuestros mayores sobresalían las virtudes y se castigaban los crímenes. Estas cosas, sacadas de viejas memorias, las iremos recordando cuando vengan a cuento por el asunto tratado y el momento lo requiera, como ejemplo para inculcar el bien o como consuelo para los males”, Livio, *praef.* 5; 9-10; 12; Tac. *hist.* III. 51.

37 Los *mores* eran nociones contenidas en términos como *virtus, pietas, religio, gravitas, severitas, austeritas, dignitas, ius, fides, fas, nefas, gloria, deus, laus, honos, auctoritas, nobilitas, pater/patronus/patria, cliens, gens, familia, beneficium, officium, pax, foedus, bellum*. Vago compendio de sentimientos individuales y colectivos, J.D. Minyard, *Lucretius and the Late Republic*, Leiden E.J. Brill, 1985, 6

justos, animosos y prudentes. Hombres vigorosos que legitimaban su posición y privilegios, interpretando la subordinación de los demás como el justo destino de los dominados. Urdían pues, algún mito sobre su presunta superioridad natural, que el pueblo solía admitir sin reflexión y en circunstancias normales de paz y estabilidad para la República. La Ciudad, decía Varrón, necesitaba de hombres con carisma, con la fuerza y capacidad necesaria para llevar a cabo las grandes empresas, y era irrelevante que se creyeran designados por los dioses o hijos de ellos mismos. Se celebraban cualidades como la audacia, la energía, la convicción, el sacrificio y la entrega, un talante que podía difundirse entre los ciudadanos a través de modelos tan convencionales como convenientes (Bendix, 1979, 281)<sup>38</sup>. Por boca de César, Dión Casio consideraba que los generales y soldados que cumplían con sus deberes era sabios y maduros, e ignorantes e imprudentes cuando no lo hacían. En tiempos de Tiberio, Valerio Máximo aseguraba que la disciplina militar, conservada íntegra e incólume hasta hoy, era el soporte y el honor más importante del Imperio Romano, en nuestra opinión más como una expresión de deseos que como una realidad<sup>39</sup>.

Así, la República fue abundante en grandes generales. P. Valerio Públicola, cuatro veces cónsul, uno de los fundadores de la República, destacado por su sencillez y austeridad, la *frugalitas*, presente en todos los artífices del imperio. Derribó su magnífica pero ostentosa casa en la colina Velia, para no ser criticado por el pueblo, de modo que “los romanos pudieran lanzarle piedras desde arriba si lo sorprendían en alguna injusticia”. Moderación y rigor hasta la pobreza rigieron las biografías de Agripa Menenio Lanato, cónsul del 503, querido por todos, cuyos funerales fueron sufragados con la colecta de

38 Cic. *off.* II.12; Agust. *CD*, III.4; el derecho natural como fuente de autoridad, ampliamente definido y argumentado por Cicerón, sustenta el ejercicio del poder en la sociedad romana, J.H. Elster, *Psicología política*, Barcelona 1995, 54; proximidad y franqueza en el trato formó parte del mensaje inserto en la más temprana tradición sobre la Ciudad. Rómulo enseñó que la relación entre patrono y cliente no debía estar cimentada en el temor o el odio, sino en el respeto y benevolencia que existía entre un padre y un hijo, Plut. *Rom.* 13.

39 V. Max. II.7, con ejemplos extremos, aplicando severos castigos a quienes faltaran a la disciplina, sin respeto a lazos familiares ni otra consideración. Otros elogios de la disciplina militar romana, en Joseph. *BJ* III.71-107; Veget. *Epi.* I. 1.

un sextante o sexta parte de un as que aportó cada ciudadano, pues él carecía de todo, igual que el cinco veces cónsul Q. Fabio Máximo Verrucoso, el que luchó contra Aníbal<sup>40</sup>. Rigor, austeridad y moderación se complementaba con las mejores cualidades físicas y morales de L. Papirio Cursor, varias veces cónsul en la segunda mitad del siglo IV, militar exitoso, ágil e incansable ya mayor, era conocido por la firmeza con la que ejercía su autoridad entre aliados y ciudadanos. Sin duda aquellos tiempos fueron los más fecundos en hombres de mérito, concluía la fuente, es más, este Papirio hubiera sido no menor que Alejandro Magno si este macedonio hubiese vuelto sus armas hacia Europa<sup>41</sup>.

Se afirmaba que Manio Curio Dentato, tres veces cónsul, – 290, 275 y 274 a. de C.– cenaba en un banco y de un plato de madera, mientras rechazaba las riquezas que los embajadores samnitas le ofrecían. Por los mismos años P. Cornelio Rufino, dos veces cónsul y una dictador, era expulsado del senado porque tenía objetos de plata que pesaban diez libras, y C. Fabricio Luscino, uno de los censores que borró a Rufino del *album* senatorial, dio ejemplo de su talante contenido, cuando devolvió a los samnitas, de quien era patrono, las diez mil monedas de bronce y cinco libras de plata, así como los diez esclavos que aquellos le habían enviado como regalo. El cónsul del 198, Sex. Elio Peto Cato, rechazaba los vasos de plata bien labrada que le ofreció una embajada etolia para sustituir su vajilla de barro. A finales de la República, los veteranos, sabían perfectamente cuál debía ser el tamaño mínimo de subsistencia de una parcela, de manera que aquel constituía un modelo que podía aplicarse cuando convenía. Así, las parcelas de las que vivían L. Quincio Cincinato, siglo V, tres veces cónsul, y de M. Atilio Régulo, siglo III, dos veces cónsul y héroe de la Primera Guerra Púnica, eran de cuatro y siete *iugera*, trabajadas por ellos mismos en la región más seca y dura, la Pupinia, y en ellas estaban cuando el senado les requirió para desempeñar las más altas magistraturas<sup>42</sup>.

M. Porcio Catón, cónsul del 195 y censor del 184, compraba y cocinaba sus propios alimentos, consumiéndolos junto a sus esclavos, y Q. Elio Tuberon, yerno de L. Emilio Paulo, un varón excelente

40 Plut. *Fab.* 27; *Poplic.* 10.

41 Livio, IX.16.12-19.

42 Cincinato poseía siete yugadas, pero tuvo que pagar una deuda con tres de ellas, Livio, II. 7. 6-7; III. 26. 8-9; IX.12.12-16; 19; *per.*11; 14; Cic. *sen.* 55; V. Max. IV.3.6; 4.2; 4.4; 4.6; 4.7; DC V. 23. 2; XI.21; Quint. *decl. ma.* XIII.2.10.

y el romano que con mayor dignidad se comportó en la pobreza. Pues eran dieciséis parientes, entre mujeres e hijos, todos Elios, que vivían en una casita muy pequeña y un pequeño campo que bastaba para todos<sup>43</sup>. El desinterés por las cosas materiales del Africano el Viejo, el vencedor de Zama, era proverbial e incuestionable. Retirado ya a su modesta villa de Literno, apenas disponía de algunos esclavos para desde el tejado defenderse del posible ataque de unos piratas, que se aproximaban en realidad con intenciones pacíficas. L. Paulo, que tuvo en sus manos más de seis mil talentos de oro y plata romanos del macedón Perseo, no sólo no se quedó con nada sino que, tras su muerte, sus hijos tuvieron que vender sus bienes domésticos, algunos esclavos y alguna finca, para reunir los 25 talentos de la dote de su viuda, tal era el nivel de austeridad de quien había manejado todas las riquezas<sup>44</sup>.

Junto a los grandes generales, los sufridos soldados de los primeros tiempos de la República. La tradición incorpora episodios que muestran la dureza de las condiciones de vida del soldado/campesino, no peores en realidad que las que se daban en el tiempo de sus narradores. En uno de ellos, un soldado es apaleado por los lictores del cónsul al exigir ser reclutado como centurión, por lo que se lanza contra los cónsules, que deben correr para escapar. “De no haber huido, aquella masa habría cometido un mal irreparable”, concluye Dionisio de Halicarnasos<sup>45</sup>. En otro, L. Siccio – o Sicinio –, un valeroso veterano, de *cognomen* Dentado, como el tres veces cónsul del siglo III a., que llegará a ser tribuno de la plebe, muestra un historial de cuarenta años de servicio a la legión, llenos de distinciones y reconocimiento, el Aquiles romano, como algunos le calificaron (Forsythe, 2005, 209)<sup>46</sup>.

El esquema se repite en el caso de Espurio Ligustino, soldados con veintidós años de servicio como soldado y luego como centurión en Hispania, Macedonia y Asia a las órdenes de los más afamados

43 Plut. *Ca. Ma.* 3; *Aem.* V.6-7.

44 Pol. XVIII. 35. 5-6; XXXI. 22. 4; Livio, XXIII.7.10; Cic. *Planc.* 32; Plut. *mor.* 199F.

45 Livio, II.55.4, del 473 a.C.; DH IX.39.2-3, del 414 a.C.

46 V. Max. III.2. 24; DH X. 36. 4-6; 37. 2-3; 39.2; 41.5; XI. 25.2; 27.5; Gell. II.11.1/4, para el año 454 a.C., Luchó en 120 batallas, fue herido 45 veces, siempre de frente, nunca en la espalda, tuvo ocho coronas de oro, una *corona obsidionalis*, 3 *murales*, 14 *civicae*, 83 *torques*, más de 160 *armillae*, 18 *hastae*, 25 *phalerae* y estuvo en 9 triunfos con sus generales.

magistrados de la primera mitad del siglo II a.C. En el *dilectus* para ir contra Perseo, Ligustino fue alistado como soldado, no como centurión. El veterano soldado, reclama al tiempo que expone sus méritos. Finalmente, acata con disciplina el puesto rebajado desde el que debía ir a luchar a Macedonia, una actitud que le valió ser nombrado centurión de nuevo<sup>47</sup>. Sacado de aquellos tiempos primitivos es el episodio de los ciudadanos esclavizados por sus deudas, los *nexi*, protagonistas de la siguiente protesta<sup>48</sup>. El enemigo amenaza a la Ciudad y un cónsul no consigue que los ciudadanos vayan a la leva. En medio del alegato del cónsul, un viejo soldado de atuendo raído y aspecto físico deteriorado, toma la palabra y explica los motivos de su reticencia. Ha pasado toda su vida en la legión, donde ha recibido muchas heridas siempre en el pecho, nunca en la espalda – huyendo – llegando a ser centurión. Ya licenciado regresa a su casa en el campo, un mísero *iugerum* heredado junto a un *tugurium*, que encontró arrasados, su ganado perdido y su cosecha, devastada. Se endeuda para intentar recuperarlo y es incapaz de cumplir con los pagos, cayendo en la esclavitud, en la que el amo acreedor le golpea y castiga con frecuencia. Mostradas las cicatrices provocadas por el amo en su espalda, la multitud que le escuchaba grita, clama justicia, y el tumulto que a continuación estalla se extiende por toda la ciudad. Todos los deudores imploraron la protección de los *quirites*. La gente, enardecida, obligaba a unos senadores a reunirse, mientras rodeaba la curia. El relato continúa pero el tema se va diluyendo en los paréntesis provocados por los combates contra los sucesivos enemigos y la falta de acuerdo entre los

47 Livio, XLII.34.2; 35.2. La analística desea apropiarse de las trayectorias abnegadas y virtuosas de sus militares, sean de cualquier rango. Constituyen la mejor materia para dar modelos ejemplares a los lectores. Una leyenda como la de Coriolano se justifica como la nacionalización de un héroe. Conectada con la exitosa invasión del Lacio por los volscos en el siglo V, el orgullo romano le describe como una aristócrata de excelentes cualidades, campeón contra la plebe, que siendo romano lideró un ejército de sus habituales enemigos, los volscos. Como en Atenas se hace ateniense al poeta Tirteo, que arengaba a los espartanos contra los mesenios, Paus. IV.15.6.

48 Las Doce Tablas, VI.1; *lex Poetelia Papiria de nexis*, del 326. Un motín provocado por los soldados acampados en Campania, durante la Primera Guerra Samnita, año 342, obliga al senado, por consejo del dictador M. Valerio Máximo Corvino, ante la inminente llegada a Roma de veinte mil de estos, a condonar las deudas y, perdonar a los insurrectos, que regresaron a su campamento, Ap. *Sam.* 1.

nobles. El episodio concluye con todos los soldados acudiendo a la leva contra los volscos<sup>49</sup>.

El escritor clásico perfilaba cómo era el soldado ideal, más allá incluso del servicio. Alguien humilde, que tras la milicia volvía a recuperar su genuina condición de campesino. En su cabaña heredada le esperaban su mujer y sus hijos varones y hembras. El mensaje parece claro. En plena conflictividad por los repartos de parcelas para los veteranos, siglo I a. de C., el pasado ofrece los ejemplos éticos para sobrellevar las dificultades. Aún en las situaciones más duras, hasta los más débiles y maltratados actúan desde la disciplina y el sacrificio, ajenos a cualquier ánimo de rebelión por la injusticia. Este veterano se conformaba con su precaria situación después de las calamidades sufridas en las guerras, y sobre todo, en la vida civil, por las deudas contraídas, o ya licenciado, las dificultades para recibir una parcela, si carecía de ella, como era lo más frecuente desde la proletarización del ejército por Mario. Pese a todo ello, su obediencia y sumisión a las instituciones le dignificaban, exhibiendo una conducta en la que no había cabida para la más mínima eventualidad de insubordinación o violencia<sup>50</sup>.

Los relatos reseñados – ciertamente artificiosos o fabulados –, evocaban situaciones similares, la protesta del débil contra las decisiones del poderoso, atestiguadas en algún caso ya antes en el relato homérico. En éste tenemos al viejo Tersites, un veterano soldado de otras guerras, ya casi inútil para el servicio, y ahora en el ejército de Agamenón contra Troya. Su intervención revelaba el cansancio y la protesta de los soldados contra las circunstancias de aquella guerra, y sobre todo, la penosa exposición del débil a la arbitrariedad de los poderosos. Pero Tersites no contó con el apoyo de los suyos, los *quirites* de Dentado – no había ciudadanos en los tiempos homéricos, solo súbditos combatientes –, sino que por el contrario, éstos asumieron el discurso de los poderosos e influyentes, simbolizados aquí en Odiseo. Aquella libertad de expresión, evaluada como insolencia, fue de inmediato suprimida

49 Livio, II.23; 24.6-7; DH VI.22.1; 26.1. No cabe mejor modelo del fin didáctico de la historia.

50 En el año 14 d.C., Percenio, soldado veterano, rebela a la tropa con el relato de sus sufrimientos: treinta o cuarenta años de servicio, mutilado por las heridas, obligado a servir hasta cuatro años más tras ser licenciados, en tierras lejanas e incultas, encharcadas, con sólo diez ases al día, a deducir las armas, los vestidos, el pago por las exenciones o rebajas de servicio, Tac. *ann.* I. 17.

y castigada a manos del rey de Ítaca con insultos, bastonazos y la burla de todos, pero aun así nos queda el valor de su manifestación en un contexto tan adverso como el citado. En la Iliada, el bardo de la segunda mitad del siglo VIII transmitió un modelo de héroes de otra época, el de la fuerza, la bravura y el dominio, donde no había lugar para el reproche del soldado. Un modelo que siglos después Platón criticaba que siguiera cautivando a sus coetáneos (Stainthorp, 2011, 1-4)<sup>51</sup>.

#### 4. EL PROBLEMA MILITAR. SOLDADOS Y CIVILES, UNA DIFÍCIL RELACIÓN

Los textos transmiten el malestar y las revueltas de las legiones como una de las amenazas recurrentes en la historia de la Ciudad. Sedición e indisciplina aumentaron desde el último siglo de la República, mostrando la incapacidad del régimen en manejar un problema que contribuyó a su autodestrucción. La quiebra del pacto entre el soldado y su general eran resultado de la superposición de los intereses particulares a los colectivos, en un proceso que se agravaría a lo largo del Imperio, sobre todo a partir de los últimos Antoninos (Messer, 1920, 158-175; Gabba, 1975; Hinard, 1990, 149-154; Mundubeltz, 2000; Chrissanthos, 2001, 71-75; Escorihuela, 2020, 77-97)<sup>52</sup>. En la última centuria republicana se produjo una espiral de enfrentamientos civiles, apenas interrumpidos por algunos años de tregua, en los que la ética militar de los tiempos anteriores fue paulatinamente arrinconada y la indisciplina fue generalizada. El descontrol absoluto y la trivialización del modelo de autoridad vigente, que comprometía a tropa y mandos, en no pocas ocasiones convirtió al ejército en una descontrolada máquina de muerte y saqueo, al servicio del mejor postor y con desprecio de la obediencia debida a las instituciones. No sería extremo pensar que uno de los detonantes del final del Imperio, al menos en su vertiente política y tal como se diseñó en la

51 Hom. *Il.* II. 250-317; Pl. *rep.* 387b.

52 El griego Herodiano señalaba el asesinato de Pérnix a manos de los pretorianos, año 193, como hito en la ruina de la institución militar, cuando ésta alcanzó la mayor crisis moral fruto de su propia codicia y desprecio a la dignidad imperial. Nadie fue castigado ni se impidió que el imperio fuera subastado al mejor postor, concluye el historiador, en el climax de una escandalosa situación de indisciplina. Herod. *Il.* 5.8; 6.14. Parece pues, que Herodiano se centró en los sucesos que él mismo pudo contemplar, con su indisimulada admiración por este emperador, y olvida la historia de tiempos anteriores.

parte de Occidente, fue en gran medida el que determinaron sus legiones. El ejército del Bajo Imperio era un ejército compuesto ya de unos pocos itálicos, muchos provinciales y más tropas de los *limites*, con escasa conexión con las primitivas legiones de ciudadanos de la República, aquellas que se comprometieron y forjaron sus extensas fronteras<sup>53</sup>.

Los hechos más significativos del maltrecho vínculo de confianza entre la sociedad civil y la institución militar se pusieron de manifiesto en las luchas entre Mario y Sila, aumentaron con Pompeyo y César, luego contra Bruto y Casio y culminaron con la guerra entre los segundos triunviros. El cambio de régimen no mejoró las cosas. En el fondo subyacían los problemas crónicos que arrastró el régimen, como eran la falta de tierras para los veteranos, los efectos de la proletarización de la leva, la creciente necesidad de efectivos militares y de dinero para las pagas, la multiplicación de los conflictos exteriores y la continua extensión del Imperio, sumado a la aparición de los grandes liderazgos, los nuevos dictadores y la incapacidad de las instituciones tradicionales, siempre por detrás de los sucesos, de ofrecer respuesta a todo ello<sup>54</sup>.

El catálogo de protestas y demandas incluía la desconfianza hacia los nuevos sistemas de designación de mandos provinciales<sup>55</sup>, que hicieron normal lo que hasta ahora era excepcional, deteriorando el principio de autoridad tradicional. Una anómala relación entre militares y civiles arrinconó la costumbre, haciéndose habitual que los soldados impusiesen las nuevas reglas, ajenas al espíritu de la milicia. Con la práctica continuada de los desafueros, y sin otro argumento que las armas, se fue consolidando en las legiones un sentimiento de pujanza y superioridad sobre sus otros dirigentes, los civiles de la ciudad, de los que eran teóricos subordinados, que generó la reivindicación de nuevos beneficios particulares.

Los escritores clásicos fueron conscientes de las consecuencias de la ruptura de los sistemas tradicionales de acceso a los cargos y por ende la responsabilidad de los mandos en esta indisciplina. Se

53 Juramento de obediencia a los oficiales, Pol. VI. 21. 2-3, reformulado con Augusto, Suet. *Aug.* 24; 49.

54 Poco tiempo después, las noticias del motín del Ilírico y las que llegaban de las legiones de Germania tenían atemorizados a los ciudadanos, acusando de ello a Tiberio, Tac. *ann.* I. 46.

55 Sobre los nuevos modos de nombramientos, a ley callaba ante la utilidad pública, Plut. *Mar.* 12.

formaban ejércitos que no servían al pueblo ni luchaban contra enemigos exteriores o invasores bárbaros sino que actuaban para defender los intereses personales de sus mandos, de modo que las armas se dirigían contra unos enemigos que eran ciudadanos como ellos. Así, escribía Apiano, esos magistrados espúeos, conscientes de su falta de legitimidad, evitaban aplicar la disciplina con severidad para no irritar a la tropa, compraban su apoyo con dinero, para evitar ser abucheados, y debía finalmente ponerse a salvo de su furia al amparo de las armas, si por cualquier causa se rompía el nuevo pacto de servicio<sup>56</sup>.

Recordaba Dión Casio que en tiempo de guerras civiles, el cambio de jefes era algo habitual entre los soldados. En ese tiempo, en el convenio *do ut des* no entraba la lealtad a la República, sino sólo la participación en el botín y demás beneficios derivados de la derrota del enemigo. Lo único que había era la promesa de unos líderes, de legitimidad vigilada, de distribuir recompensas, dinero, pagas y parcelas al final del servicio, las mismas ofertas que habían mantenido a los soldados unidos a Mario, Sila o Pompeyo anteriormente, sin más garantía que la que el soldado quisiera dar en cada caso, de acuerdo con la percepción que tuviera de que sus intereses estaban siendo defendidos. Los soldados de Bruto, muerto ya éste en Filipos en el 42, aclamaban a Octavio para más tarde acribillarle con lacerantes injurias, y saludaban con respeto a Antonio. Estos despreciaban a sus jefes porque eran conscientes de que les necesitaban para garantizar su autoridad, pero sabían que dependían de ellos para recibir sus pagas, premios, parte del botín, las parcelas y otras promesas. En líneas generales, no había mucha diferencia con los tradicionales pactos de patrocinio y clientela, que funcionaban en tanto las partes cumplieran con sus compromisos. Esta era la realidad en la que se habían transformado las antiguas milicias de campesinos ciudadanos, aquellas

56 En el 471, el cónsul Apio Claudio Craso, tras ver como sus soldados huían ante los volscos, apalea y decapita a los centuriones y abanderados, y luego a uno de cada diez soldados, por haber traicionado la disciplina militar, Livio, II. 59.10.11; Floro, I. 17.2. Ap. *BC* III. 48; IV. 35; V.17; 46-47; 67-68; DC XLVIII.31. 5-6; Cic. *Att.* XVI.8.2. Mecenas, admirador de la monarquía, subrayaba la insolencia de las masas y la mala dirección de los asuntos públicos, sobre todo al frente de los ejércitos, dirigidos por incapaces, como la causa de los males del Imperio. DC LII 14. 3. El aleatorio reparto de dinero entre los soldados se convirtió en hábito regular para asegurar la lealtad y obediencia de las legiones.

que según la tradición acudían al llamamiento de las autoridades, cambiando el arado por las armas y yendo al Campo de Marte, dispuestas a la defensa del estado y la Ciudad<sup>57</sup>.

En el choque entre mandos y tropa, ésta denigraba a los primeros, arrebatándoles sus símbolos de poder, *fasces* y púrpura, y expulsándoles de los campamentos. Se protestaba, por la administración del botín, la severidad en el trato, la falta de empatía con los problemas del soldados, el pago de *donativa* o la extensión del servicio<sup>58</sup>. En no pocas ocasiones, los magistrados se veían obligados a claudicar para no empeorar la situación o intentar enderezarla, aceptando humillaciones, pasando por ellas como si no hubieran sucedido, llegando sumisos, como nos citan de algún caso si le fuente no yerra, a rogar la disciplina de forma individual, soldado a soldado, tienda por tienda, o huyendo disfrazados vergonzosamente de la ira de la soldadesca para conservar la vida. Se insultaba, apaleaba, apedreaba y asesinaba a cónsules, pretores, cuestores y legados, siendo

57 Ap. *BC.* IV. 95. El cambio de bando, una de las características de las guerras civiles, DC LXV.10.4. La distribución de *donativa* fue habitual y en aumento con el Principado, Tac. *ann.* XII.41; 69; XIV.11; *hist.* II.82; 94; Suet. *Caes.* 38; *Cal.* 46; *Claud.* 10; *Nero*, 7; *Gal.* 16; 17; 20; *Dom.* 2; DC XLIII.21; XLVI. 46. 5-6; XLVII.42; 49.14; 51.17; 21; LXV. 10, 4; LXVII. 3.5; Ap. *BC* II.102; IV. 118; 120; Plut. *Ant.* 23; *Brut.* 46; *Sull.* 12; SHA. *Hadr.* 23.12; *Pio*, 8.1; 10.2; *Pert.* 7.5; *Sev.* 16.5; *Heliog.* 26.5; *Alex. Sev.* 26.1; *Tac.* 9.1.

58 Para el epitomista L. Floro, el tribuno militar con poder consular del 414 a. de C., M. Postumio Albino Regilense fue asesinado por sus soldados al negarse a repartir el botín tomado a los ecuos, no por un acto de sedición sino movidos por su indómito carácter, secuela de su naturaleza pastoril. Una bravura consustancial al modo de ser de este pueblo, Livio IV 49, 9-50, 6. Floro, I. 17.1. DC XXXVI.16. 1-3; Lúculo, cónsul del 74, del botín tomado en Tigranocerta, repartió 800 dracmas a cada soldado, Plut. *Luc.* 3; 9; 8; 18. 29; 33. Los soldados dejaron escapar a Mitridates, que huía, por detenerse a pelear entre ellos por una acémila cargada de oro que supuestamente había dejado el monarca con ese propósito. En el 85 las legiones de Asia siguen al legado C. Flavio Fimbria, que había asesinado a su general, L. Valerio Flaco, cónsul *suffectus* del 86, Ap. *Mithr.* 51-52, o por sus propios soldados, según Plut. *Luc.*7; Ya en el principado, unas cartas cruzadas entre el emperador Vitelio y Aponio Saturnino, legado del ejército de Mesia, despertaron la violencia más feroz de los soldados contra éste, como si estuvieran infectados por la peste. Aponio pudo salvar la vida al ocultarse en los hornos de unos baños abandonados, Tac. *hist.* III.11.

excepciones los que conseguían escapar del furor de los amotinados (Nippel, 1984, 24)<sup>59</sup>.

Escribe Apiano que la antigua costumbre de licenciar a las legiones en fechas distintas, para evitar que se concentraran y pudieran iniciar algaradas y sediciones, terminó con César, pues tras su muerte los soldados comenzaron a ser licenciados en masa para acceder a lotes injustos de tierra y casas confiscadas. Los veteranos permanecían unidos y acampados en templos y recintos sagrados bajo una sola enseña, atentos a las órdenes de la persona que suponían les iba a conducir a su parcela. Como ya no tenían nada que perder, eran fáciles de comprar para cualquier objetivo<sup>60</sup>. Pero ni siquiera César, el conquistador de las Galias, pudo evitar el motín en sus tropas, las mismas que jaleaban sus triunfos. En Corfinio, año 49, tiene que proteger a senadores, sus hijos, tribunos militares y caballeros del bando de Pompeyo, de los ultrajes e insultos de sus soldados. Dos años después, los soldados se sublevaban y le reclamaban los *donativa* atrasados por Farsalia, y la no prolongación del servicio. El pretor C. Salustio Crispo, enviado para prometer mil dracmas por soldado, estuvo a punto de morir a manos de los sublevados. César les avergonzó su deslealtad, les licenció, pasando a tratarlos como civiles, castigó a una parte de los amotinados pero finalmente les da

59 El 88 fue año de indignidades. Los soldados de Sila matan al legado M. Gratidio, enviado por el senado; los de Cn. Pompeyo Estrabón, padre de Pompeyo, matan a Q. Pompeyo Rufo, cónsul de ese año. Dos pretores enviados a pedir a Sila que no entrara en Roma, son devueltos sin obedecer sus exigencias, Plut. *Sull.* VIII.8; IX.6; *Mar.* XXXV.5-6. Val. Max. 2, 7, 7; 9.7b.1; 9.7.2B; DC LIX, 20, 3; Livio.II, 55, 9; 3, 49, 4; *per.* 77; Flor. I, 22, 2; Zonaras 7, 17; Orosio, V.19.4; Ap. *BC* I 63. La rotura de las *fasces* simboliza el rechazo de la autoridad que representa, A. Postumio Albino, lugarteniente de Sila, fue lapidado, aunque pasaba por ser un magnífico militar, de linaje y virtudes reconocidas, según V. Max. 9.8.3; Livio, *ep.* 75; Plut. *Sull.*, 6; Orosio, 5.18.22, año 89; bajo las piedras y la espada cayó igualmente L. Cornelio Cina, *homo flagitiosissimus* y de enorme crueldad, cuatro veces cónsul (87-84); Ap. *BC* I.78; Aur. Victor, *vir. Illustr.* 69.1; C. Papirio Carbón, primo de Cneo Papirio Carbón, el que fue tres veces cónsul, cayó cuando intentó restaurar la disciplina en la tropa, año 82 a.C., V. Max. 9.7.3b; el procuestor propretor Sexto Julio, año 47/46, bajo una lluvia de flechas, Ap. *BC* IV 58, y tratándose acaso del cónsul del año 7 a.de C., Cn. Pisón, - el cónsul del 7 a. de C.? - que ordenó tres decapitaciones que escandalizaron a mismo cronista, Sen. *de ira*, I. 18.3-5. DC XXX/XXXV.104. 1-6; Livio, *per.* 82.4; 83.5; 114.1; Plut. *Sila*, VI.9; IX.2.

60 Ap. *BC* II. 120.

los *donativa* y las tierras prometidas. Todos volvieron a someterse a su autoridad<sup>61</sup>.

La sedición de las legiones de Germania Inferior y Panonia, año 14 d.C., ocupa casi quince capítulos de los *annales* de Tácito. Las de Germania, bajo el mando de Aulo Cécina, denunciaban los abusos en las rebajas o exenciones de servicios, la escasez de las pagas y la tardanza en recibirlas, la dureza de los trabajos ordenados - empalizadas, fosos, acopio de piensos, de materiales, de leña - y los treinta años o más de servicio que muchos de ellos acumulaban ya en la legión. Su desánimo era tal que se burlaban de Germánico, su general supremo, cuando les amenazaba con darse muerte si no deponían su actitud (Gurr, 1967)<sup>62</sup>. Los soldados descargaron su ira sobre los centuriones, causantes inmediatos de sus infortunios. La mayoría fue azotada hasta la muerte y arrojados al Rin, y aún sacaron a uno que se escondía en la tribuna del legado y le dieron muerte. Unos destacamentos de esas legiones que se hallaban fuera en busca de provisiones, al conocer la sedición, saquearon los pueblos vecinos y atacaban a los centuriones que trataban de contenerlos ((Messer. 1920, 160; Reid, 1911, 87; Gurr, 1967, 11)<sup>63</sup>.

Tras los siete consulados de Mario, el *tempus Cinnanum*, la dictadura silana y el liderazgo de Pompeyo, estaba claro que el poder pertenecía a quien tuviese las armas, y éstas sólo se conseguían y mantenían con dinero, y sin éste, aquel se perdía<sup>64</sup>. Los líderes confrontaban por el poder supre-

61 DC XLII.52.2-3; Suet. *Iul.* 69-70; Ap. *BC* II.47; 92-94. Caes. *BC* I. 23; Cic. *Att.* XI.22.2; Suet. *Aug.* 13. Los soldados obligaban al procónsul Q. Servilio Cepión a reunirse con el cónsul del 105 Cn. Manlio Máximo, del que estaba distanciado, para acordar en modo de seguir la guerra contra los cimbrios, DC XXVII. 91.4; Livio, *per.* LXVII.2. En el 69 d.C., para no oír las órdenes de centuriones y tribunos, los soldados batieron con estrépito la tierra con sus armas, amenazando con romper la disciplina si no se les dirigía contra Cremona, donde podían tomar botín, Tac. *hist.* III.19.

62 Tac. *ann.* I. 35.5. Analizando la violencia, en el binomio frustración/agresión, cuando más severa es la privación, más grande es la probabilidad y magnitud de violencia.

63 Tac. *ann.* I. 20.1; I.23; 31-45. Hay en los autores clásicos una tendencia a minimizar la insubordinación militar, en tanto crítica de la proverbial disciplina militar romana, o en mi opinión, un falso respeto mezclado con miedo y cautela hacia todo cuanto proceda de la milicia. Dos mil soldados de las legiones de Mesia, saquearon y devastaron la región de Aquileya y para evitar ser castigados proclaman emperador a Vespasiano, Suet. *Vesp.* 6.2-3. A

64 Ya en el 46 Marco Antonio, como *magister equitum*, entró en Roma con sus soldados y 800 ciudadanos, que



mo, para lo cual se ganaban a los soldados elevando sus beneficios en una puja que fue en aumento a lo largo del Imperio<sup>65</sup>. Así, los triunviros se ganaron la obediencia de sus sesenta legiones prometiéndoles las tierras de dieciocho ciudades de entre las más ricas de Italia, entre ellas Capua, Regio, Venusia, Benevento, Nuceria, Arimino e Hiponio, que podrían tomar como si fuera territorio conquistado al enemigo, lo que hizo estallar de júbilo a los soldados. No habría límite para cualquier exceso, pese a la protesta de las afectadas, que denunciaban que tales medidas eran peor que las proscripciones, pues no habían cometido ofensa alguna ((El número de legiones activas entre el 90 y el 42 a. de C., Brunt, 1971, 435-506)<sup>66</sup>. De forma que mandaban los que tenían suficiente dinero para pagar a los soldados, que no vacilaba en volver sus armas contra el mismo senado si esa era la orden. En esta nueva forma de dictadura, se dirimía quien iba a ser el déspota y quienes los esclavos, de modo que por ejemplo, el joven Octavio debía tolerar la arrogancia y desprecio de los soldados porque necesitaba de ellos, para cuando tuviera que renovar su *imperium* de cinco años, que expiraba el 31 de diciembre del 38. Nada tenía que ver este poder adquirido con la violencia con la *pax romana* que caracterizó la obra de su principado<sup>67</sup>.

protestaban por una ley que cancelaba deudas y que había sido anulada, fueron masacrados, Livio, *per.* 113.5; Cic. *phil.* V.2.5. Tac. *Hist.* IV.74.2.

65 La lealtad le costó C. Casio mil quinientos dracmas por soldado, 7.500 por centurión y cantidad proporcional a cada tribuno militar, y el senado incumple su promesa de distribuir cinco mil dracmas por una campaña ya finalizada, lo que Octavio aprovecha para ganar la obediencia de los soldados a su persona. Antonio compra la adhesión de las legiones que le quedaban, tras la desertión de dos de ellas, dando quinientas dracmas a cada soldado Ap. *BC* III. 45; 86; IV. 100. No hay disciplina cuando la adhesión ha de comprarse, *BAL.* 40.

66 En su decreto de proscripción los triunviros declaraban que, entre otras cosas, debían también procurar cierta satisfacción al ejército, que había sido ultrajado, exacerbado y decretado enemigo público por nuestros comunes enemigos, Ap. *BC* IV. 3; 10; V. 14. Al ejército todo le parecía insuficiente: pagas, beneficios, recompensas, tierras, pues cuando no le permitían devastar, se producían motines, DC XLI. 26. 1; XLVII. 17. 5. 42 a.C. Los ejércitos desplegados durante el siglo I a. de C. - Mario, Sila, Pompeyo, César, Bruto, Casio y los triunviros -, eran enormes, y en ocasiones sumaban tropas auxiliares, y esto requería mucho dinero.

67 El dinero, el nervio de la guerra, Ap. *BC.* IV. 99; Cic. *phil.* V.1.5; XIII.16.32; DC XLII. 49.4, año 47 a. de C.; XLVI. 34. 4; XLVII. 17.4.

A fines del año 42, las legiones esperaban en el Campo de Marte la llegada de Octavio que iba a presidir el reparto de tierras a los veteranos. Éste se retrasa y comienza a cundir el malestar y el recelo entre los soldados. Un centurión que les reprocha su actitud es objeto de burla, insultos y finalmente es apedreado. El centurión huye y se esconde sumergiéndose en el Tíber, pero finalmente es sacado del río y asesinado. Su cadáver es arrojado por donde debía pasar Octavio. Informado éste de lo ocurrido, decide no cambiar de ruta para evitar que aumentara la ira de los legionarios. Tras ver el cuerpo del centurión, se limitó a censurar esta conducta y pedir a los soldados respeto mutuo para el futuro. Luego, procede a repartir las parcelas y recompensas entre todos, sin discriminar entre inocentes y culpables. Todos le aclamaron con júbilo. Poco después, los itálicos afectados marcharon sobre Roma y se fueron concentrando en el foro y los templos, donde se lamentaron de su suerte, que era la de los enemigos, sumándose muchos romanos a la protesta<sup>68</sup>. Al mismo tiempo, los soldados se impacientan por hacer efectivo el acuerdo y armas en mano se lanzan a ocupar todas las tierras, tomando más de las que les correspondía, sin obedecer a nadie pues eran conscientes de que sus jefes les necesitaban para mantener su poder y conservar ellos mismos lo que recibían<sup>69</sup>. Los excesos y desmanes continuaron al año siguiente sin que el cónsul pudiera o quisiera impedirlo, de modo que continuaron las ocupaciones ilegales y los saqueos. Para preservar su falsa autoridad éste - P. Servilio o L. Antonio - crucificó a algunos esclavos como si fueran cómplices de aquellas fechorías. Esta mala relación con el poder continuó con Octavio ya al frente del Imperio, pues prevenía su seguridad licenciando a cuantas legiones mostraban descontento o cansancio del servicio, aunque sin las recompensas prometidas, y actuando con severidad ante síntomas de deslealtad o cobardía, con castigos no tan drásticos como infamantes<sup>70</sup>.

68 Ap. *BC* V. 12. Un tal Manio, agente de Antonio, denunciaba que Octavio había tomado el dinero de los templos so pretexto de combatir a Sexto Pompeyo, pero que lo había repartido entre treinta y cuatro legiones para asegurarse su adhesión, mientras Roma sufría por el hambre, Ap. *BC* V.22.

69 Ap. *BC* V. 13; 16.

70 Ap. *BC* IV. 35; Suet. *Aug.* 24. La quiebra del principio de autoridad fue un hecho recogido en episodios ciertamente ignominiosos. Q. Junio Bleso, cónsul del 10 d.C., al frente de las legiones de Panonia, reprende al ejército amo-

Tenemos testimonios de la reacción civil al saber que los enemigos estaban a las puertas y pese a la distancia geográfica y cultural de cada caso ese reflejo fue bastante homogéneo<sup>71</sup>. En la Cartago del 149, como *supra* vimos, como sesenta años antes en la Roma que aguardaba a un Aníbal acampado a apenas cinco kilómetros y medio. En ambos casos, las mismas reacciones y similar sucesión de sentimientos. A la conmoción inicial se sumó la Incredulidad, el pánico, rechazo, la violencia contra los presuntos responsables y autoinculpación de las desgracias que se esperaban. Se desató la locura, la insensatez de arremeter contra los portadores de las malas noticias, pero también los lamentos, el miedo y la turbación ante tal amenazas. Ambas ciudades eran un cúmulo de gritos entremezclados, de súplicas y exhortaciones mutuas. En Roma se oía además llorar a las mujeres en los domicilios, y las matronas corrían de un templo a otro barriendo los altares con los cabellos sueltos, con las palmas de las manos hacia el cielo<sup>72</sup>.

Se trataba del miedo y rechazo a la proximidad de fuerzas armadas, enemigas o propias, caso éste último que se confirma con la resistencia de las ciudades a admitir acampadas estacionales en sus territorios que reclamara con violencia, olvidando su deber de subordinación y disciplina, y para dar ejemplo ejecuta a dos cabecillas. Pero otra fuente señala en cambio que Druso, el hijo que Tiberio, enviado como mediador, enterró a los ejecutados en su propia tienda, para evitar que los soldados los vieran y reaccionaran con más violencia aún. Respecto de las legiones de Germania Inferior, el legado Cayo Cetronio exculpó del motín a los soldados y ejecutó sólo a sus líderes, Tac. *Ann.* I. 19. 2; 29; 44.

71 Hay pocas diferencias en las conductas observadas para los casos de Sagunto, Ap. *Iber.* 12, Livio XXI. 14; 15-1-2; Iliturgis y Astapa, ambas en 206 a. de C., Livio, XXVIII.19-20. 1-7; XXVIII. 22; Ap. *Iber.* 32/33; Numancia, Ap. *Iber.* 96/97.

72 Ap. *Afr.* 92; Livio, XXVI.9. 7-9; Ap. *Hann.* 39. Pedían no obligarles a ser asesinos de su patria, y sólo unos pocos decidieron hacer frente a los romanos y defender la ciudad. Zonar. IX. 26. 7. Cargando...Cargando...Cargando...

En Atenas, año 86, el asedio de Sila durante meses repitió el horror. Los sitiados tuvieron que comer de sus propios cadáveres y al entrar los soldados, no pocos prefirieron arrojar sobre las espadas de sus enemigos, Ap. *Mith.* 38; Plut. *Sila*, 12-14. Tras el tiranicidio del 44, la provincia de Asia sufrió los excesos de uno de los "liberadores", Cayo Casio, mutado ahora como nuevo tirano. En Laodicea, Tarso y Rodas el erario de la ciudad, sus edificios sagrados y todas las posesiones de los ciudadanos, fueron saqueadas. Como en Atenas, muchos prefirieron el suicidio, Ap. *BC* IV. 62; 64; 73-74.

torios. Esta exigencia generaba no poca desazón y al cabo, protestas y enfrentamientos por esta proximidad indeseada. Hasta tal punto que las autoridades, transmitiendo el sentir de la ciudadanía, prefería "comprar" la exclusión de tropas en sus circunscripciones. El llamado *hospitium militare*, desde finales del siglo III a.C., apenas regulado, obligaba a las ciudades afectadas a grandes gastos y a soportar los perjuicios derivados de la previsible conducta de varios miles de soldados inactivos durante meses. Las cantidades que se pagaban se convirtieron en una rentable fuente de ingresos para magistrados poco escrupulosos con los derechos de las ciudades (Ñaco, 2001, 63-90)<sup>73</sup>.

Era un hecho por tanto, que la proximidad de fuerzas militares despertaba los peores temores en cualquier villa itálica. En una atmósfera de temor prolongado como debió ser la que se respiraba a mediados de la última centuria, la noticia de que nada más llegar a Brindis desde Macedonia Cn. Pompeyo había licenciado a sus tropas produjo una gran alegría en la población<sup>74</sup>. Muy distinto al Pompeyo que en el 52, como cónsul único, so pretexto de velar por la libertad de los jueces, ordenaba a sus soldados que cargaran contra el pueblo, que apoyaba a M. Escauro, pretor del 56, procesado por venalidad y corrupción, produciéndose varias muertes, el mismo Pompeyo que rodeaba de soldados el lugar donde se celebraba el juicio contra Milón por el asesinato de Clodio, provocando que Cicerón, su defensor, se marchara cuando apenas había comenzado su alegato.<sup>75</sup>

Seguimos a Apiano. Cuando César dejó la Cisalpina y entró en Italia, año 49, de nuevo las leyes fueron despreciadas. Como en otras ocasiones, hombres y mujeres, e incluso curias municipales

73 Livio, XXII.1.2; 54.1-3; XXVI. 1.10; 21.16-17; Las enormes sumas manejadas son índice del nivel de rechazo que las cercanía de tropas generaba entres quienes, por lo demás, reconocían su papel en la defensa de las fronteras. En el siglo I, este *hospitium* solía ser *sub tectis*, y regulaba las cantidades que oficiales y tropa debían de recibir de las familias con las que se acogían, Plut. *Sila*, 25; Los chipriotas pagaban doscientos talentos para no tener allí soldados en invierno, Cic. *Att.* V. 21.7, unos 4.800.000 HS; Plut. *Sert.* III.3.

74 DC XXXVII.20.6.

75 Los soldados de César mantenían frecuentes choques con la población, y se producían bajas por ambas partes, y esta situación se reproducían en casi todas las ciudades. DC XL.48.1; 49.4; 50.1; 53.3; 54.2; XLVIII. 9. 3-5; Ap. *BC* II. 24; Cic. *Mil.* 67; Plut. *Caes.* 28; *Pomp.* 55.6.

completas huían despavoridas y se ponían a salvo por todas partes, en medio de lamentos y carreras desordenadas. En contra, a Roma llegaban por oleadas gentes de las comarcas cercanas, que pretendían encontrar refugio allí y no estaban en disposición ni de obedecer a los magistrados ni de regirse por la razón, y poco faltó para que en medio de tan gran agitación y marejada, la misma ciudad provocara su hundimiento. Los cónsules de ese año, Lucio Léntulo y Cayo Marcelo, apuraban sus gestiones y abandonaban apresuradamente la Ciudad para ponerse a salvo, y con ellos no pocos magistrados y senadores. Una ola de violencia se extendió por todas partes, y tanto partidarios como opositores provocaban altercados ante los cambios que se preveían. El propio Cicerón preparaba su huida hacia el Adriático, pero el mal tiempo le frustró sus planes. Ante esto, aconsejó a toda su familia salir de la Ciudad, por miedo a los actos violentos y saqueos, mientras él organizaba un servicio de guardia y defensa para su casa<sup>76</sup>.

Cinco años después, los soldados de Marco Antonio en su marcha hacia Roma saqueaban todos los municipios que encontraban a su paso. Al poco, ya en el 43, Octavio repitió la ruta devastando y permitiendo al ejército toda clase de felonías y perversidades por las regiones que iba atravesando hasta llegar a Roma. Allí, pese a las noticias que sobre sus actos le precedían, la ciudadanía le acogió sin oposición y con aclamaciones<sup>77</sup>. Esta situación, de terror y turbación se repitió cuando se creía próxima la llegada de Publio Ventidio, cónsul *suffectus* del 43, amigo de Antonio, y más tarde, por el rumor sobre la muerte de Octavio, y el miedo a lo que pudiera hacer Lépido, el otro triunviro, volviendo las escenas a repetirse. Los poderosos llevaban a sus *villae* rurales sus bienes y familias, escondiendo aquellos que no podían transportar. El senado se mostraba paralizado por el miedo e incapaz de adoptar decisiones, y todos huían en carreras precipitadas en una agitación incontenible que presagiaba la reiteración de nuevas matanzas y en fin, los horrores de una nueva guerra. Con Octavio ya en el poder, el

76 Plut. *Caes.* XXXIII.1-3; Ap. *BC* II. 35; *Caes. BC* I.14; *Cic. Att.* VIII.16.1; IX. 1. 2-3; 3.1; XII.1.2; *fam.* XIV. 14; 18.1.

77 La libertad para saquear cuanto quisieran fue otra fórmula para mantener la obediencia de los soldados, Antonio Primo, legado de Vespasiano, permitió que sus cohortes auxiliares saquearan la campiña de Cremona, *Tac. hist.* III.15.

respeto y homenaje a las legiones seguía mezclándose con el sobresalto y la alarma que provocaba la llegada de cualquier noticia relacionada con el impredecible y siempre incierto comportamiento de la tropa (*vid.* Hurlet, 2020, 229-248)<sup>78</sup>.

Un nuevo capítulo de horrores se nos describe con la entrada en Roma en el 69 d.C. de dos legados de Vespasiano. Escribe Tácito que la Ciudad temblaba de miedo. Los soldados fueron recibidos por los partidarios de Vitelio con una lluvia de tejas y abatidos en los pasajes estrechos, en una lucha que duró varios días, ocasionó la muerte de cincuenta mil ciudadanos y el saqueo de la Ciudad por la soldadesca y los propios ciudadanos. Cuando todo acabó, la ciudad ofrecía un aspecto cruel y monstruoso, llena de sangre, montones de cadáveres y la huella de toda la clase de crímenes<sup>79</sup>. Por lo demás, el final del siglo recordó a Roma los tiempos finales de Tiberio o incluso más atrás, los que la memoria conservaba de las primeras y segundas proscipciones. Hablando de su suegro Julio Agrícola, muerto en el 93, Tácito se consolaba pensando, como otra vez hiciera Cicerón de L. Craso, que había escapado de sufrir aquellos tiempos atroces en los que Domiciano destruyó la nación con matanzas y destierros sin tregua ni respiro, llegando la curia a estar sitiada, rodeada por las armas, y todos ello en presencia del mismo emperador<sup>80</sup>.

78 *Cic. Att.* XVI. 8. 2; DC XLV.33.6; 43.6/44.1; XLVI. 32.4; 44.4-5; 45. 1-2. 43 a.C.; XLVII.3. 1-3; Siendo cónsul C. Asinio Polión, año 40; DC XLVIII. 3-4; 14. 3-6. 41/40 a.C.; *Livio, per.* 125.4. Lucio contaba con diecisiete legiones, Ap. *BC* III.66; 89; V. 24; 30. La ciudad de Perugia fue tomada a Lucio Antonio, donde más tarde se refugiaria, y la mayoría de los perusinos fueron ejecutados, incluidos 300 caballeros y algunos senadores, y toda la ciudad arrasada por el fuego a excepción del Templo de Vulcano, *Tac. ann.* I.7.6; *Suet. Aug.* 26.1.

79 DC LXV. 19.3. año 70. Antonio Primo y Petilio Cereal, éste con 1.000 jinetes, *Tac. hist.* III.78; 79; 83; DC LXV. 18.3.

80 *Tac. Agr.* 44.5; 45.1-2. De la ferocidad manifestada por las legiones en el campo de batalla habla una anécdota que recoge Tácito. Frente a Cremona, se enfrentan en bandos diferentes sin saberlo un padre y un hijo, resultando muerto el primero. Cuando se conoció este hecho, se levantó un clamor unánime de execración contra una guerra tan cruel. Pero ello no fue obstáculo para seguir dando muerte y expoliando a parientes, amigos y hermanos. Reconociendo que aquello era un crimen execrable seguían perpetrándolo, *Tac. hist.* III. 25. El horror desatado en Cremona durante cuatro días, al entrar los cuarenta mil soldados que conformaban las tropas vencedoras de Antonio Primo, legado de Vespasiano, *Tac. hist.* III. 33.

En el 88 la ciudadanía superó el miedo y defendió sus vidas y haciendas, de modo que en su primera entrada con las armas Sila fue recibido con piedras y tejas, por lo que éste ordenó incendiar las casas. Al año siguiente entraron Mario y Cina, en una ciudad vencida de antemano por el miedo. Las ciudades de Italia que habían apoyado al otro bando, vieron como sus murallas eran demolidas, sus poblaciones gravadas con enormes multas y tributos y todas sus casas y tierras, repartidas entre los soldados, una imagen perturbadora para su cronista. La patria fue capturada como si fuera enemiga, el ejército pasó a intervenir en todos los conflictos, escribe Apiano, y Roma se convirtió en el campo de batalla de unos y otros. No se respetaron leyes e instituciones, ni siquiera los dioses. La violencia campó por todo el país, junto con la venganza y el odio de los afectados, pues todos se entregaron a actos salvajes. Nada faltó en este inmenso y variado cúmulo de males, concluía Apiano. Y cuarenta y tres años después la población volvió a soportar la ruptura de la vida civil con presencia de los militares, hasta tres veces en apenas tres años durante el segundo triunvirato<sup>81</sup>.

En el 82 y en el 43 se produjeron dos capítulos en una nueva modalidad de horror en ambos casos de similar etiología y resultados. Se declararon proscripciones en las que se tuvo al ejército como instrumento, aunque no fuera el único. Porque al horror de aquella violencia desatada contribuyeron todos, civiles y soldados, en distinta medida y sin distinción de clases. Si en las del 82 la angustia y el desamparo aumentó la conmoción, en la del 43 el recuerdo de la anterior reavivó el pánico y su desarrollo no fue menos dura. Desde la seguridad que daba narrar sucesos lejanos, Apiano describía con pormenores la violencia de esos años. No había un enemigo definido, sino que cualquiera podía ser enemigo, un familiar, vecino, enemigo personal o simplemente, cualquier individuo ávido de riqueza o recompensa. Todo el que tuviera oro o plata se convirtió en sospechoso de inmediato y podía ser denunciado ante los triunviros. Los denunciados eran arrastrados y pisoteados, desterrados y despojados de sus bienes, y esta ola se extendió a los

81 Incluido el confuso episodio de Porsena, Livio, II. 13.3; 14.1; V. 41; DH V. 32; XIII.6; Ap. BC I. 57; 58; 60; 65-66; 69; 71; 73; 96. Cuando volvió a entrar en el 82, la ciudad era pura conmoción, las mujeres gritaban y corrían como si ya hubiera sido conquistada por la fuerza, Plut. *Sila*, 29.3-4.

italícos. Los *rostra* se llenaron con las cabezas de los asesinados, lo que permitía a sus autores cobrar las recompensas. Sumando ambas, cayeron más de trescientos cuarenta senadores y tres mil seiscientos caballeros. Nada semejante había ocurrido antes en Roma, ni siquiera hubo tal salvajismo cuando los galos entraron en la Ciudad, asegura el alejandrino, ni en el trato que los romanos daban a las ciudades conquistadas. Y todo ello causado por quienes debían restablecer el orden institucional, con la fuerza militar a su servicio. Además de dejar a la población saqueada y abatida por la crueldad sin límite, en una herida que cuarenta años después seguía abierta, sin duda todo ello contribuyó a ahondar la brecha de aversión y recelo que los continuos enfrentamientos habían creado entre civiles y militares desde finales del siglo anterior<sup>82</sup>.

Con la ayuda de los soldados los triunviros expropiaron a los ciudadanos con tributos desorbitados, requisaron riquezas a las mujeres opulentas, gravaron las casas y aún las tejas de las mismas para reunir el dinero para los gastos de la guerra, obligando a las ciudades a costear *in situ* las necesidades cotidianas de los ejércitos. Se requisó a los campesinos la mitad de sus cosechas y el hospedaje se hizo obligatorio, sin posibilidad de redención con dinero, como se venía haciendo. En su inminente enfrentamiento con Lucio Antonio, sin nada ya que requisar entre los civiles, Octavio tomó prestado del templo Capitolino de Roma, y de otros de Antio, Lanuvio, Nemos y Tibur, el dinero consagrado al dios que acumulaban en sus dependencias<sup>83</sup>.

En otoño del año 40, el pueblo, harto y enfurecido por todos estos excesos, cerró las tiendas y

82 Plut. *Ant.* 20.2; Ap. BC I. 95-96; IV. 1: 5; 13; 14; Cic. *off.* II.77; 79.81. La dureza con que Apiano describe los actos de Octavio me lleva a pensar que por encima de otras fuentes, para el tiempo inmediato posterior a la muerte de César y la guerra de los triunviros la fuente usada era manifiestamente adversa al futuro emperador. Lo que nos lleva a pensar en C. Asinio Polión, seguidor primero de Antonio y luego, por conveniencia, de Octavio, con el que siempre tuvo un perfil antagonico aunque de mutuo respeto, y en Timágenes de Alejandría, un esclavo de origen griego, que llegó a vivir en la corte de Octavio, hasta su expulsión por la animadversión contra el *princeps* manifestada en sus escritos.

83 DC XLV. 31.3-4; XLVII. 14. 2-3; Ap. BC I. 3-5; V. 24. La exigencia de dinero a las mujeres más ricas, provocó una protesta en asamblea, ordenando los triunviros a los lictores que las desalojaran, pero el clamor de la multitud hizo desistir del intento. Los triunviros pedían el 2% de los patrimonios superiores a cien mil dracmas y la renta de un año, Ap. BC IV. 34; 96; V. 18.

expulsó a los magistrados de sus sedes, como si ya no hubiese necesidad de magistraturas ni de profesiones artesanales, en una ciudad carente de todo y sometida al bandidaje. Saqueos y violentos altercados en la soldadesca sucedían todas las noches sin que nadie castigara a los culpables. Con furia salvaje, escribe Apiano, el pueblo destrozó el edicto que establecía nuevos impuestos, porque pensaba que sólo iban a financiar intereses particulares. Se formaban grupos, se gritaba y apedreaba a los que no se les unían, amenazándoles con saquear e incendiar sus hogares. Finalmente se sublevó toda la Ciudad. Octavio y algunos de sus seguidores fueron al foro para explicar sus razones y cuando la turba le vio aparecer empezó a apedrearle sin misericordia, pero éste aguantó los proyectiles, resultando herido. Sexto Pompeyo, hijo del Magno, acudió para ayudarle, y a éste no le tiraron piedras, pero le pidieron que se retirara y como no lo hacía, finalmente también acabó apedreado<sup>84</sup>.

En el nuevo régimen hubo más sediciones, más repartos de tierras, de beneficios y *donativa* y el acceso al trono mediante la compra/venta del mismo prescindió de las formalidades tradicionales. De modo que podemos decir que el nuevo orden no sólo no cambió las cosas, sino que profundizó más aún en los vicios y defectos que habían llevado a la violencia extrema y la final disolución del sistema republicano. La elección de Claudio como emperador por los soldados venía precedido de situaciones no menos perturbadoras. Al morir Augusto los soldados de Germania se negaban a reconocer a Tiberio como sucesor por no ser su candidato, e instaban con extrema violencia a Germánico, su general, a apoderarse del estado. Igualmente hicieron luego con Galba, al que no querían prestar juramento y pedían a los pretorianos que les ofreciera otro candidato. Los cuatro emperadores del año 69 fueron elegidos por los soldados, que recibieron de ellos importantes cantidades de dinero, en una costumbre que se remontaba a tiempos anteriores. A partir

84 DC XLV.18.2; 22.4, año 43 a.C.; XVLII. 15. 1-3; XVLII. 17, 42 a. de C.; XLVIII. 12. 3, invierno 42/41 a. de C.; Ap. BC V. 18; 67/68, 40 a. de C.; DC 47. 17. Se suprimían leyes e inventaban otras, asignaban cargos y sacerdocios como les parecía, en pocas palabras, hacían lo que les parecía, hasta el punto de que el gobierno de César a su lado, parecía una Edad Dorada. Ante los hechos Séneca advertía de la inutilidad de la ley, que solía castigar a aquel cuyos actos provocaban la revuelta, no a aquel por cuya causa se había producido el descontento, Sen. *contr.* III.8.

de esta situación, los soldados siguieron nombrando emperadores, y también destituyéndolos o matándolos a conveniencia, como vemos con Gayo, Pértinax, Septimio Severo, Heliogábalo o Caracala<sup>85</sup>.

Año desgraciado para Roma fue este 69, un verdadero castigo de los dioses para Tácito. Desapareció la disciplina, el respeto, la autoridad y el gobierno. Armas en mano, los soldados irrumpían en el palacio de Otón y amenazaban a todos, incluidos senadores, centuriones y tribunos. El emperador tuvo que suplicarles que no hicieran daño a nadie y regresaran a los campamentos, después de prometer cinco mil sestercios por cabeza. Poco después, el ejército de Vitelio, su sucesor, formado por una turba de sesenta mil soldados de la extracción más baja, entró en Roma y extendió el terror, después de haber dejado atrás campos y municipios esquilados y devastados a su paso. Apenas ocho meses de subir al trono él mismo se convertía en otra víctima de la furia de los soldados. Descubierta y sacado de su escondrijo, era maniatado, ultrajado, insultado y arrastrado por las calles de Roma, para finalmente ser arrojado al Tíber<sup>86</sup>.

Los enfrentamientos entre el estamento armado y los civiles fueron a más con el tiempo. A fines del siglo II d.C., el odio acumulado contra el libertino Cleandro, prefecto del pretorio de Cómodo, provocaba el levantamiento de las masas. El choque entre soldados y ciudadanos supuso una matanza. Aquellos fueron atacados con tejas y piedras, pero éstos se llevaron la peor parte. Enterado el emperador de los sucesos mandó detener a Cleandro y decapitarle. El pueblo, satisfecho, dio muerte a sus hijos y a todos sus amigos, arrastrando y ultrajando sus cuerpos hasta finalmente mutilarlos y arrojarlos a las cloacas<sup>87</sup>. En 235, el pueblo, armado con piedras

85 Suet. *Claud.* X.1; Claudio les dio 15.000 sestercios cada uno de ellos, *Claud.* 10.4; DC LXXVI. 12. 5; LXXVIII. 13. 6; LXXIX. 4. 1; LXXX.17.1; X. 4, DC LX.1.3; Josef, *AJ* XIX. 162-166; 212-220. Los soldados cortan la cabeza a Galba, DC LXIV.6.4; Suet. *Tib.*25; Galba, DC LXIII. 27; Suet. *Galb.* 11; 16; Otón, que pagó 10.000 sestercios y les prometió otros 50.000, Suet. *Otho.* 5; DC LXIV.5.3; Tac. *hist.* I. 3: I. 27; Vitelio, Suet. *Vitel.* 7-8; Tac. *hist.* I. 56, y Vespasiano, asesinato de Pértinax, DC LXXIII/LXXIV.10.1. Los *donativa*, tanto para soldados como para los civiles, fueron una constante en el Bajo Imperio, SHA, *Ael.* III.3; VI.3, *cf. Hadr.* XXIII.12.

86 Tac. *hist.* I.3; 82; II.87/88; Plut. *Galb.* I.4; Otón, 3; DC LXIV. 6.9; LXV.20; Suet. *Vitel.* 17.

87 Herod. I. 12.3-8; 13. 5/6; SHA *vit. Com.* 7; DC LXXII [LXXIII] 13. 1.

y garrotes, rechaza como emperadores a Máximo y Balbino, propuestos por el senado. Se arma y ataca a los soldados de Maximino el Tracio, otro candidato. Finalmente civiles y soldados se enfrentan, de nuevo unos con tejas, piedras y otros cacharros y con armas convencionales los otros, ardiendo además una buena parte de la Ciudad, para acabar los soldados ganando la batalla. Tres años después, Vitaliano, prefecto de Maximino el Tracio es asesinado por los partidarios del candidato al trono y luego Gordiano I. Vuelve el caos y la anarquía a reinar en las calles. Se persigue y asesina a cuantos habían servido o se sospechaba que habían sido partidarios de Maximino el Tracio, y ello dio ocasión para la eliminación de enemigos personales, saqueos de domicilios y demás excesos propios de los conflictos civiles. En ese mismo año 238, volvió la violencia sin que la causa fuese relevante. Las tropas volvieron a entrar en Roma y soldados y civiles se atacaron con la violencia de antaño, y el final se produjo en los mismos términos del 235, cuando la peor parte fue para el conjunto de la ciudadanía<sup>88</sup>.

Para Herodiano, la muerte de Pértinax (marzo del 193), el emperador que había devuelto la felicidad y el orden a Roma, fue el hito definitivo a partir del cual se aceleró la degradación del Imperio. Afectado sin duda por el magnicidio, su comentario final fue un negro presagio sobre la deriva en que se hallaba el poder y la autoridad en Roma. “A partir de este momento, sin duda la moral de los soldados empezó a corromperse. Una insaciable y vergonzosa codicia y el desprecio de la dignidad imperial fueron sus maestros. El hecho de que nadie castigara a quienes tan cruelmente se habían atrevido a matar a un emperador, ni hubiera quien impidiera una tan indecente subasta y venta del imperio, fue la primera causa de una escandalosa situación de indisciplina destinada a prolongarse. La afición de los soldados por el dinero y el desprecio por sus emperadores, hasta el extremo de llegar al asesinato, fueron continuamente en aumento”. Una crisis que fue empeorando en los siglos que siguieron (Blois, 2007, 497-508)<sup>89</sup>.

88 Herod. VII. 7. 1-4; 10.4/5; 11.6-9; 12.5/7. A Didio Juliano, entronizado por las legiones, el pueblo le impreca y le cubre de insultos, organizando un apedreamiento. De camino al Capitolio, el emperador es asaltado por la turba y debe ser dispersado con las armas, SHA *vit. Jul.* 3.

89 Herod. II.5. 1; 5. 8; 6.14.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Bendix, R., (1979), *Max Weber*, Buenos Aires.
- Blois, L. de, (2007), “The Military Factor in the Onset of Crises in the Roman Empire in the Third Century a.d.”, *The Impact of the Roman Army (200 BC – AD 476)*, Lukas de Blois y Elio Lo Cascio (Eds.), Leiden y Boston, 497-508.
- Blois, L. de, (2007), “Army and General in the Late Roman Republic”, *A Companion to the Roman Army*, P. Erdkamp (Ed.), Oxford, 164-180.
- Broughton, T.R.S. (1968), *The magistrates of the Roma Republic*, t.II, Ann Arbor.
- Brunt, P.A., (1971), *Italian Manpower, 225 B.C. – A.D. 14*, Oxford.
- Chrissanthos, S. G., (2001), “Caesar and the Mutiny of 47 B.C.”, *The Journal of Roman Studies*, 91, 71-75.
- Chrissanthos, G., (2013), “Keeping Military Discipline”, B. Campbell y L. A. Tritle (Eds.), *The Oxford Handbook of Warfare in the Classical World*, Oxford University Press, 312-329.
- Chrissanthos, G., (2013), “Keeping Military Discipline”, B. Campbell y L. A. Tritle (Eds.), *The Oxford Handbook of Warfare in the Classical World*, Oxford University Press, 312-329.
- Conway, F., (1900), *Stories of Great Men, from Romulus to Scipio Africanus Minor*, London.
- Cuq, Ed. (1877-1919), “Sacramentum”, *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, Ch. Daremberg y Ed. Saglio, Paris, IV.2, 951-955.
- Escorihuela Martínez, R. (2020), “Miedo y sugestión en el ejército romano republicano: La insurrección como reacción”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 9, n. 19, 77-97.
- Forsythe, G. (2005), *A Critical History of Early Rome*, Berkeley and Los Angeles.
- Gabba, E. (1975), *Le rivolte militari romane dal IV secolo a.C. ad Augusto*, Firenze.
- Gurr, T.R. (1967), *The Conditions of Civil Violence*, Center of International Studies, Research Monograph, 28, Princeton.
- Gurr, T.R., (1970) *Why Men rebel*, Princeton University Press.
- Ker, J., (2004), “Nocturnal Writers in Imperial Rome: The Culture of Lucubratio”, *Classical Philology*, 99.3, 209-242.
- Hinard, F. (1990), “Les révoltes militaires dans l’armée républicaine”, *Bulletin de l’Association Guillaume Budé*, 2,149-154.

- Hinard, F. (1993), “*Sacramentum*”, *Athenaeum*, 81, 252-263.
- Jal, P., (1962) “Le soldat des guerres civiles á Rome á la fin de la République et au début del’Empire”, *Pallas*, 11, 7-27.
- F. Hurlet (2020), Fear in the City during the Triumviral Period: The Expression and Exploitation of a Politic Emotion, *The Triumviral Period: Civil War, Political Crisis and Socioeconomic Transformations*, F. Pina Polo (Ed.), Zaragoza, 229-248.
- James, J.R. (2019), “Virtus et Disciplina”, *An Interdisciplinary Study of the Roman Martial Values of Courage and Discipline*, Tesis doctoral inédita, University of Missouri-Columbia.
- Johner, A. (1996), “*La violence chez Tite-Live*”, *Mytographie et historiographie*, Strasbourg.
- Luce, T.J. (1989), “Ancient Views on the Causes of Bias in Historical Writing”, *Classical Philology*, 84.1, 16-31.
- McDermott W.C. y A. E. Orentzel, A.E. (1977), “Silius Italicus and Domitian”, *American Journal of Philology*, 8.1, 24-34.
- Messer, W.S. (1920), “Mutiny in the Roman Army. The Republic”, *Classical Philology*, 15.2, 158-175.
- Mundubeltz, G. (2000), *Les séditions dans les armées romaines de 218 av. J.-C. à l’an 14 de notre ère*, Thèse de Doctorat, Université de Bordeaux 3.
- Muñiz Coello, J. (2009) “Livio, Polión y la patavinitas. El relato historiográfico”, *Klio*, 91.1, 125-143.
- Muñiz Coello, J., (2014), “La palabra, la pluma y el gesto. Libre expresión y crítica en la antigua Roma”, *Latomus*, 73, 80-105.
- Muñiz Coello, J., Vis romana. Noción y formas de violencia en el relato clásico sobre la República, *Erebea* 10. 2020, 255-296.
- Nicolai, R. (2007), “The Place of History in the Ancient World”, *A Companion to Greek and Roman Historiography*, J. Marincola (Ed.), Oxford, 24, 13-26.
- Nippel, W. (1984), “Policing Rome”, *The Journal of Roman Studies*, 74, 28-49.
- Ñaco del Hoyo, T., (2001) “*Milites in oppidis hibernabant* . El *hospitium militare* invernial en ciudades peregrinas y los abusos de la hospitalidad *sub tectis* durante la República”, *Dialogues d’histoire ancienne*, 27/2, 63-90.
- Phang, S.E. (2008), *Roman military service: ideologies of discipline in the late Republic and Early Principate*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Quinn, K. (1982), “The poet and his audience in the Augustan Age”, *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt II*, 30.1, 75-180.
- Reid, J.S. (1911), “On Some Questions of Roman Public Law”, *The Journal of Roman Studies*, 1, 68-99.
- Roberts, R.L. (1936), “Tacitus’ Conception of the Function of History”, *Greece and Rome*, 16, 9-17
- Rogers, R.S. (1965), “The Case of Cremutius Cordus”, *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, 96, 351-359.
- Rutledge, S.H. (2007), “The Roman Destruction of Sacred Sites”, *Historia*, 56.2., 179-195.
- Schreiber-Stainthorp, W. (2011), “Class Warfare: Thersites in the Iliad”, *The First-Year Papers (2010 - present)*, Trinity College Digital Repository, Hartford, 1-4.
- Tondo, S., (1963), “Il «sacramentum militiae» nell’ambiente culturale romano-italico”, *Studia et documenta historiae et iuris*, 29, 1-123.
- Urso, G. -Ed.- (2006), *Terror et pavor: Violenza, intimidazione, clandestinità nel mondo antico*, Atti del convegno internazionale, Cividale del Friuli, 22-24 settembre 2005, Pisa.
- Van Slyke, D. G. (2005), “Sacramentum in ancient author”, *Antiphon*, 9/2, 167-206.

